

# LA SINGULAR VIDA DE TOMAS DE MORLA Y PACHECO MILITAR Y POLITICO JEREZANO

*por ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA*

## A manera de Prólogo

La historia militar andaluza tan poco divulgada, me despertó siempre el deseo de investigarla. Se concentró mi interés, en aquello que por mi experiencia podría aportar alguna novedad: historia de los regimientos, establecimientos artilleros, y biografías de personajes escasamente conocidos a pesar de sus méritos, como los generales que procedentes del arma de artillería habían mandado la Capitanía de Andalucía; igualmente Daoiz, Gazzola y Vicente Gutiérrez de los Ríos. Ahora mi interés se concentra en la figura del artillero Tomás de Morla y Pacheco, motivado por la actuación que este ilustre andaluz tuvo en importantes episodios de la Historia de España. No vamos a realizar una defensa de este histórico personaje, tachado por algunos de intolerante, ambicioso y afrancesado útil, sino con la mayor imparcialidad, explicar su personalidad estudiada con muy disparas opiniones por algunos biógrafos. Limitaremos este trabajo a relatar escueta y sinceramente el carácter de este jerezano de reacciones imprevistas y sorprendente capacidad de trabajo, procurando calificar sus reacciones con las palabras más apropiadas: patriota cuando resplandecía el éxito, e indolente cuando lo penoso era el heroísmo.

Morla fue un hombre problemático que jugó un importante papel, a veces decisivo, en algunos episodios españoles. En mis largas conversaciones con el ilustre y erudito artillero Don Tomás García Figueras, al hablarme de su tocayo y paisano, siempre lo hacía con

entusiasmo y ponderación. García Figueras recordaba, por haberlos leído muchas veces, las anotaciones que Morla solía poner al margen de los escritos, incluyendo algún comentario irónico sobre el tema o el autor.

Cuando el siglo XIX acaba de empezar, Morla reside apaciblemente en Cádiz. Su casa es hermosa y acogedora, en su biblioteca rebosan los libros de todas las disciplinas, abundando los escritos en francés. Conviene anotar este detalle, porque Morla por su intelecto más bien parece afrancesado, actitud muy adoptada por los intelectuales de la época, aunque no vacila en hacer la guerra al intruso.

Morla es ya un personaje importante, cuando los ejércitos franceses atraviesan nuestras fronteras bajo el nombre de amistad.

Es elegido para combatir la fiebre amarilla en Cádiz, que puede contagiar a toda Andalucía y dirigir la confrontación sobre la escuadra francesa. Más tarde, cuando ve roto el paisaje de su patria, creyendo hacer un bien a la nación, interviene en la capitulación de Madrid a Napoleón.

Fue Tomas de Morla, una de las figuras históricas españolas que más pasión y polémica provocaron en su época y sigue siendo en la actualidad un personaje singular. Apologista y detractores rivalizan a la hora de magnificar sus méritos o empequeñecerlo. Para unos es el científico y estudioso, ejemplo de seriedad y brillantez; para otros, el ambicioso, verdugo de su pueblo e incluso traidor de su patria.

Quizás pueda afirmarse que si contribuyó a que España cayese en manos del invasor, no fue por deseos de aumentar su gloria personal, sino impulsado por una serie de acontecimientos que no supo resolver, al carecer de sagacidad política y poseer un carácter impulsivo.

A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre Tomás de Morla, el estudio de su vida está plagada de imprecisiones y vacíos. Un manto de respeto debe cubrir su figura histórica, cargada de honradez y trabajos para la Patria.

Por nuestra condición de militar, artillero español, lamentamos que Tomas de Morla no supiera solventar con un comportamiento heroico, la situación que encontró en Madrid ante la actitud de Napoleón, que le habría valido cerrar con broche de oro su larga y extraordinaria carrera militar. Quizás temiendo por su ancianidad, protagonizó el triste episodio de cooperar a una capitulación, que si siempre lleva el sello de la deshonra, al realizarla un militar puede agravarse con el oprobioso vocablo de traición

### Biografía del personaje

El estudio biográfico de los grandes personajes, da ocasión de conocer la etapa de la historia en que les correspondió vivir. Tal hecho ocurre al analizar el aspecto militar y humano del esclarecido artillero jerezano Tomas Bruno de Morla y Pacheco como iremos viendo a través de este relato.

Nació Morla en el seno de una familia noble, aunque de modesta fortuna, era hijo de Don Tomás de Morla y de Doña María Pacheco, como figura en el Padrón de Hijosdalgos que se conserva en el Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, correspondiente al año 1782.

Su nacimiento tuvo lugar el 9 de julio del año 1747 y cinco días después fue bautizado en la parroquia de San Miguel. Se le puso el nombre del padre, y además los de Bruno, Vicente y Pío.

Serían los PP, Dominicos del colegio que regentaban en Jerez, titulado «Estudios Universitarios» los encargados de instruirlo en los estudios elementales. Tomás destacó pronto por su aplicación y facilidad para el latín, filosofía y humanidades. Estudios que influyeron en la elección de la carrera de las armas.

Un breve análisis de la genealogía de Morla fue publicado por el historiador jerezano Tomás García Figueras en el Tomo 20, serie VI de el «Memorial de Artillería».

Despertada su vocación militar y hallándose establecida en Cádiz, una de las Escuelas de Artillería creadas durante el reinado de Fernando VI, el joven jerezano ingresó como alumno en la «Academia Provincial de Artillería», que era el nombre de dicha escuela, dirigida por el Comisario Provincial de Artillería Juan Manuel de Porres. Los estudios que realizó Morla en la escuela de Cádiz, abarcaban suficientes materias para formar oficiales en general, aunque se le dedicara especial atención a las matemáticas y el dibujo, así como al montaje de cañones y uso de la pólvora. Pronto ganó Morla la atención de los profesores de matemáticas y dibujo, Antonio Gigli y Antonio Hervas, por la facilidad de Tomás para asimilar ambas disciplinas.

La puesta en marcha de esta Academia de artillería en Cádiz, marcó un hito en la historia del arma al ser la iniciadora de un nuevo enfoque en el espíritu de la enseñanza militar, que pronto se vería reflejado al establecerse en Segovia el Real Colegio, como consecuencia del auge que desde finales del XVI había tomado la artillería, y de la necesidad, cada vez más requerida, del empleo de medios científicos

y metalúrgicos para su desarrollo, fueron los motivos que impulsaron la creación de un Colegio-Academia en el que se concentraran las distintas escuelas de artillería existentes en España.

Con la llegada de Carlos III a España se inician las reformas del Ejército. Al comprobar la desorganización que existía en la artillería y el poco interés del Director General Jaime Masones de Lima, decide sustituirlo por Félix Gazzola, cuyos conocimientos y eficacia conocía desde su estancia en Nápoles. No se hicieron esperar los resultados favorables de Gazzola al publicar en 1762 el «Reglamento del Real Cuerpo de Artillería» y el establecimiento en Segovia del Real Colegio. (Para mayor conocimiento, consultar «Daoiz y Gazzola», del mismo autor, publicada por Editorial Castillejos de Sevilla).

Solamente sesenta jóvenes, son los primeros admitidos como cadetes. El ingreso de Morla se realizó con dos meses de demora del resto de los compañeros, hasta que pudo demostrar su hidalguía. A pesar de este retraso en su incorporación consiguió estar incluido entre los quince que aprobaron el primer curso. Si bien ésto podría considerarse un éxito, los detractores de Morla lo han calificado como un mediano estudiante, al estar situado el último de los quince aprobados, sin detenerse a averiguar que en aquella época el puesto de promoción no se establecía por las calificaciones, que las de Morla eran excelentes, sino por la fecha en la que se había ingresado, como consta en su expediente escolar en la Academia.

Una vez terminados los estudios, a los más aventajados se les confiaron trabajos docentes en la propia Academia, así le ocurre al subteniente Tomás de Morla. De esta forma se fueron incorporando a dichas tareas como ayudantes de profesor, los que el director de la Academia, conde Gazzola, consideró más aptos para tales menesteres. Morla fue nombrado ayudante del capitán Vicente Gutiérrez de los Ríos, a partir del curso 1768/69, fijando su residencia en el Alcázar, a fin de permanecer cerca del profesor titular de la asignatura de Táctica, que era la que le fue asignada.

A su iniciativa se debe la confección de apuntes, para facilitar el estudio de los alumnos y les permitiese repasar la asignatura. Morla tenía claro que para instruirse lo mejor es hacerlo con constancia y con medios apropiados.

Antes de profundizar en la vida activa y azarosa de este andaluz, indicaremos el perfil que hace del mismo la historiadora M<sup>a</sup> Dolores Herrero, en el excelente trabajo que indicamos en la bibliografía: *«conocer al hombre que nos ocupa, podríamos definirlo como social-*



*mente difícil. Responde perfectamente al prototipo de hombre dieciochesco, individualista visceral, con una amplia formación, ávido de conocimientos y con una mentalidad abierta, motivada por una curiosidad insaciable. Y en el terreno personal, soltero por vocación, desconfiado y desagradable en el trato con frecuencia y ciertamente misógino en sus planteamientos».*

En agosto de 1769, fue destinado el subteniente Morla a la compañía de Caballeros Cadetes; lo que implicaba hacerse cargo también de la Secretaría de la junta de Profesores. Este destino le permitía conocer más a fondo las vicisitudes del Real Colegio.

Pensaba Morla, y con razón, que a todo escritor le gusta se publiquen sus ideas, por ello, al confeccionar las actas correspondientes a la Junta de Profesores, lo hacía de forma tan detallada que su lectura permite conocer la labor pedagógica que se realizaba en el Colegio-Academia, así como numerosos datos curiosos de la vida en el Alcázar.

Cuatro años más tarde, el 19 de abril de 1773, fecha en que asciendo a teniente de artillería, solicita de su capitán cambiar su residencia del Alcázar por un piso en Segovia, petición que le fue denegada. Ello obligó a Morla a elevar su solicitud hasta el director, conde de Gazzola, del que obtuvo una respuesta favorable.

A pesar de la negativa de su capitán para el cambio de residencia, la amistad entre ambos era sincera y profunda, y fue Gutiérrez de los Ríos el auténtico impulsor de la labor que, más adelante, desarrollaría Morla a través de los años.

El año 1774, se le concede permiso para trasladarse a Jerez. Cuando llega a Madrid, se presenta al conde de O'Reilly, que lo recibe en su despacho y le comenta su disgusto al observar la falta de instrucción del ejército, a ello responde Morla, que para evitarlo se necesitarían buenos maestros, numerosos libros e instrumentos militares y jóvenes con auténticas cualidades para ser oficiales. Interesado el conde en conocer con mayor detalle este argumento, invitó a Morla a su mesa los días que éste pasó en Madrid.

Su estancia en Sevilla le satisfizo plenamente, recorriéndola en todas direcciones y deteniéndose en la Catedral, Casa de Pilatos, Judería y biblioteca colombina, admirando sus interesantes fondos.

Hasta noviembre permaneció en Jerez. A su regreso a Segovia, las sierras estaban ya cubiertas de nieve y los suelos de las calles helados, lo que obligaba a circular llevando un palo con regatón, para no resbalar.

Generalmente, Morla comenzaba el día a las cinco de la mañana, estudiando hasta las ocho. Tras el aseo y desayuno, marchaba a la Academia para dar comienzo la primera clase a las nueve.

Siendo Morla un empedernido lector, no por ello dejaba de comprender que la mucha lectura puede convertirse al hombre en plagiarío, al hacer propias, sin saberlo, las ideas ajenas.

Ya hemos indicado como el primer maestro de Morla fue el también andaluz, cordobés, Vicente Gutiérrez de los Ríos, su capitán, y académico de la Sevillana de Buenas Letras y de la Academia Española. Cuando éste tenía que desplazarse a Madrid, lo que ocurría con cierta frecuencia, dejaba encargado de la clase de Táctica a Morla, por merecerle la mayor confianza. Pero como este trabajo no le parecía suficiente al jerezano, solicitó del conde de Gazzola le fuese concedida la plaza vacante que existía de su empleo en la Tenencia de Minadores del 4º Batallón. Al no serle concedido dicho destino y ante el desencanto que ello le produjo, solicitó en 1776 su pase a América. La contestación de Gazzola fue terminante y negativa. Aseguraba que instruir y educar cadetes era el más importante de los destinos.

Morla, que comienza a considerarse un oficial teórico que no ha podido demostrar prácticamente sus conocimientos, siente la necesidad de expresar su preocupación al director de la Academia, al que eleva una amplio Memorial especificando que el clima de Segovia le resulta duro y le produce disgusto las veces que le han negado destinos solicitados, así como otros argumentos relacionados con su trabajo y que, el valoraba con méritos incluso superiores a los de otros compañeros que, más afortunados, habían conseguido nuevos destinos.

A través de este Memorial, que no fue muy bien acogido por la Superioridad, comienza a revelarse la personalidad de Morla como hombre individualista y poco amigo de las colectividades.

En el verano de 1776, marcha de permiso a Jerez. Se desplaza al Puerto de Santa María como lugar más veraniego, y en agosto recibe la noticia de que su amigo, el conde O'Reilly, nombrado Capitán General de Andalucía, había tomado posesión del cargo en Cádiz, a donde se desplaza para presentarse a dicha autoridad militar encontrando la ciudad con gran alborozo, al estar anunciada la próxima salida de la flota hacia América, que sería la última travesía.

Pocos años después, en 1779, se produjo la ruptura con Inglaterra, al considerar el gobierno español del rey Carlos III, excesivo y

peligroso el predominio que los ingleses ejercían en todos los mares.

En cuanto al motivo de llegar a ser declarada la guerra, lo relata el historiador Moreno Alonso en la pág. 149 de la obra indicada en la bibliografía. Dice así:

*«El embajador de Francia, conde de Monmorint, que esperaba una coyuntura favorable cuando el gabinete de S. James acababa de desechar su mediación, logró coger a solas a Carlos III y le dijo: «V.M. es el Abraham de la Casa de Borbón y el cielo le ofrece el momento decisivo de vengar los grandes agravios que han recibido de la Gran Bretaña; una V.M. con las de Francia las grandes fuerzas marítimas que tienen prevenidas, y la Inglaterra quedará humillada en esta campaña». El señor Carlos III, que necesitaba poco para hacer revivir su resentimiento contra los ingleses, resolvió en aquel punto unirse con la Francia y rompió con la Inglaterra, y la resolvió con una firmeza que no pudieron contrarrestar sus ministros».*

El escrito declarando la guerra a Inglaterra se le encargó al sevillano Francisco Arias de Saavedra y Sangronis, que coincidiría en tiempo y amistad con Tomas de Morla. La fecha de dicho escrito es del 21 de junio de 1779.

Transcurren los años y Morla consigue ser destinado al sitio de Gibraltar. Es el año 1782. Cuando en agosto llega frente al Peñón, todas las baterías están al completo de oficiales. A la vista del interés que pone Morla en cubrir algún puesto, le destinan a una de las llamadas «baterías flotantes», que eran, según nos dice el general Martínez Campos en su «España bélica»: *«embarcaciones con dos filas superpuestas de a catorce piezas de cañón. Lanchas de doscientos mil pies cúbicos de excelente madera. Costados en vara y media de espesor. Una sola vela y varias anclas. Capas de corcho y sacos de lana encajonados entre aquellas. Por último, un sistema muy ingenioso de tubos interiores, por los que sin cesar circularía una corriente de agua, destinada a contrarrestar, el calentamiento originado por las balas rojas que no rebotaran sobre el puente de la embarcación».*

De las cinco baterías flotantes que se emplearon contra Gibraltar, Morla fue destinado a la que llevaba por nombre «Tallapiedra», nombrado jefe de su artillería, aunque el mando de la embarcación lo ejercía el Príncipe de Nassau.

Cuando más cerca parecía estar el éxito, una bala incendiaría lanzada desde Gibraltar alcanzó de lleno la «Tallapiedra»,

hundiéndola. Entre los supervivientes se encontraba el teniente Morla.

Este asedio a Gibraltar, que es conocido como el «Gran sitio» por sus cuatro años de duración, fue el tercer intento español por la fuerza, para recuperar el peñón. En el apartado de estrategias bélicas, Morla fue encargado junto al francés D'Arcón, de preparar una mina subterránea que pudiera abrir camino por tierra para llegar a Gibraltar. Aunque la mina funcionó como estaba prevista, los resultados no fueron totalmente satisfactorios, e incluso Morla salió herido de la explosión.

Al no ser nuestro objetivo desarrollar este asedio, aconsejamos al lector consulte el libro «España Bélica» de Martínez Campos.

En cuanto a la experiencia guerrera de Morla, su comportamiento fue calificado de valeroso y eficaz, como se hizo figurar en su Hoja de Servicios. Cuando se restableció de las heridas, volvió al colegio de Segovia ostentando el empleo de Capitán Graduado.

De regreso a Segovia en 1783, reintegrándose a su tarea docente, se enorgullecería de haber practicado con la artillería en guerra, colaborar con la Marina, conocer la forma de combatir de los ingleses y haber empleado la pólvora para la utilización de minas subterráneas.

Cuatro años más tarde, asciende a capitán efectivo de artillería y a propuesta del conde de Lacy, actual director de la Academia-Colegio, se le nombra profesor de la asignatura de Táctica. Esto le llena de doble satisfacción: lograba ser primer profesor y reemplazar al que fue en su vida su maestro, Don Vicente Gutiérrez de los Ríos.

De la experiencia adquirida por Morla y de sus conocimientos teóricos como profesor, le animan a reflejarlos en un trabajo que pueda serle útil a los cadetes. Lo titula «Tratado de Artillería para el uso de los caballeros cadetes del Real Cuerpo de Artillería». Pero este importante trabajo sería el fortalecimiento de la diátriba en la que siempre ha estado involucrada la actuación de nuestro personaje. Se apoyaría Morla en unas lecciones de Táctica, dictadas por su superior Gutiérrez de los Ríos, incrementándolas con amplios estudios sobre la artillería en general, las fortificaciones, pólvoras y metalurgia, que ocuparían tres tomos. En este trabajo incluiría, además, las principales funciones de los oficiales de artillería en tiempo de paz y guerra, superando con mucho la labor desarrollada por su primer profesor.

Las imputaciones de plagador con que ha sido señalado Morla por sus detractores, quedan absolutamente desechadas al leer el prólogo que le puso a su «Tratado de Artillería». En el mismo, confirma

la colaboración de Gutiérrez de los Ríos, dando cuenta de como el director del Colegio-Academia le animó a que lo ampliase y escribiese el indicado «Tratado» para que perduraran los conocimientos que en el mismo se impartían.

Así mismo, al referirse Morla al estudio que hace de la Táctica, dice, que antes estuvo encargado este trabajo al «*erudito y sabio oficial Don Vicente de los Ríos, pero al quedar incompleto por sus muchas ocupaciones y temprana muerte, fue el motivo de ser mía mucha parte del trabajo que realicé en sus ausencias*», y termina Morla afirmando en un gesto de humildad: «*El Tratado ha perdido mucho en este trueque, pero solo me tocaba obedecer*».

Con ello reconoce la impronta que Ríos dio a las clases de Táctica y, a su vez, como se retrasaba el trabajo con las ausencias que le obligaban los viajes a Madrid para asistir a las Juntas de la Academia Española a la que pertenecía como Numerario.

Por último, y como aclaración final, es un hecho absolutamente contrastado, como en 1779, a la muerte de Gutiérrez de los Ríos, el conde de Gazzola, director del Real Colegio y máximo responsable de las publicaciones, encargó a Morla la elaboración del «Tratado», ampliando hasta tres tomos e incluyendo los manuscritos redactados por Don Vicente, que se les hizo figurar con el título de «Curso de Táctica».

Con esta obra, demostró Morla poseer una gran ilustración y sobradas cualidades de científico. Igualmente supo dejar constancia de su labor investigadora, al seleccionar las más interesantes opiniones de eruditos extranjeros sobre estos temas. En cuanto a la polémica suscitada por los tratadistas europeos sobre las ventajas de los sistemas de artillería Valliere ó Gribeauval, Morla se inclinó siempre por el segundo, que fue el que obtuvo la mayoría. Posteriormente el «Tratado» se utilizó en las Escuelas militares de Francia y Alemania, con nuevas ampliaciones y dibujos.

En el octubre de 1787, el conde Lacy llama a Morla a la Corte para comunicarle que el gobierno le ha elegido para que, formando parte de una «comisión facultativa», realice algunos viajes por aquellas naciones que disponen de las mejores y más actualizadas industrias de aplicación militar, a fin de recoger los adelantos armamentísticos, y en la aplicación de la química y la metalurgia.

Para estas comisiones eran elegidos aquellos oficiales que se consideraban más preparados en la formación técnica y capaces de captar los adelantos en la fabricación, buenos observadores y dotados de

sensibilidad para establecer relación con oficiales de otros países. Estos viajes científicos se iniciaron a partir del reinado de Felipe V, siendo los primeros que los realizaron oficiales de la Marina, destacando entre ellos Jorge Juan y Antonio Ulloa.

A partir del reinado del monarca Fernando VI y gracias a los ministros Carvajal y Ensenada, se le dio un gran impulso a la industria siderúrgica, a fin de que España pudiera valerse sin necesidad de la ayuda extranjera. Gracias a estas iniciativas, España comenzó a prepararse para garantizar la seguridad de su territorio, a lo que Morla se aprestó con el mayor entusiasmo. Fue este período el que ha sido llamado por los historiadores «la paz armada».

Transcurridos 25 años de los viajes realizados por los marinos, el ministro Flordablanca encargó al conde de Lacy, como director general de la artillería, designase a dos capitanes con las aptitudes especializadas para realizar un viaje por las más importantes industrias militares de Europa. A tal fin, fueron seleccionados Tomás de Morla y Jorge Guillelmi, cuyos nombres salieron publicados en la R.O. del 10 de abril de 1787, un año antes del fallecimiento del rey Carlos III, siéndole asignada una dieta de 40 doblones al mes, equivalente a 2.400 reales, a parte del sueldo de capitán que ascendía a 600 reales mensuales.

Partiendo de Barcelona, se dirigieron a París, donde estudiaron los principales centros industriales, anotando cuantos detalles de interés consideraban aplicables en España al armamento en general y a las técnicas industriales en particular. En la capital francesa permanecieron dos años, para en abril de 1789 dirigirse a Londres y, posteriormente, a Viena. Los informes y memorias que enviaba Morla al conde de Lacy están reunidos en los «Apuntes autógrafos», que se conservan en el Archivo de la Academia de Artillería, en Segovia. Estos informes muy extensos y prolíficos de noticias, eran escritos personalmente por él, sin servirse de los dos asistentes que le fueron asignados, lo que explica en parte la personalidad de este artillero, individualista y desconfiado. Su letra, de inconfundibles trazos, era de caracteres redondos y pequeños. Realizado el oportuno estudio grafológico, aparece poseer los siguientes rasgos: *Equilibrado. Que sabe lo que quiere y que, para conseguirlo, no le importan los medios. Sufre depresiones profundas, a veces accesos de temor. Le da mucha importancia a los conveccionismos sociales, aunque es capaz de romper con ellos. Desconfiado y nada amigo de las confidencias. Probablemente existió en su vida algo oculto que le atormentaba.*

Cuando los comisionados recibieron la orden de regresar a España, Morla había marchado a Italia, autorizado por el director general de artillería para realizar un tratamiento antireumático en el Balneario medicinal de Pisa.

En Viena, donde se encontraba Jorge Guillelmi que ha habido ascendido de empleo, ostentando el de Teniente Coronel, le llegó la orden de regresar a España, no sin antes pasar por La Haya, capital de Holanda, donde debería entrevistarse con el famoso polvorista Emmerich, al objeto de conocer su proyecto sobre nuevos tipos de pólvoras.

Morla, que llegó a Barcelona antes que Guillelmi, lo hizo el 8 de agosto de 1791.

No es la ocasión de relacionar la ingente labor no sólo de estos dos artilleros, sino la de todos los artilleros españoles desde mediados del siglo XVIII hasta comienzos del XX, en el campo de la industria y química metalúrgica, sin olvidar la investigación de un elemento tan importante para la artillería, como la fabricación de pólvoras.

El recorrido que hicieron por Europa los capitanes indicados, están recogidos por el artillero Carrasco y Sayz, en el Tomo II, Serie IV del «Memorial de Artillería». Puede afirmarse que en los cinco años de viaje recorrieron las más importantes ferrerías de Europa, de manera especial las establecidas en Rotherdam, Newcastle y Edimburgo, en Inglaterra; todas las alemanas a orillas del Rhin y Dresde y las austriacas ubicadas en Viena, además de las de París.

De todas las siderurgias visitadas la que mayormente impactaron en Morla, fueron las inglesas de las que trajo a España numerosos libros y folletos explicativos de la forma de fundir bronce y construir cañones.

El interés que puso nuestro personaje en que dicha fabricación fuese aprendida por los cadetes de artillería, obligó a que estos estudiaran inglés para leer en los libros originales, hecho insólito en la época y que nos permite afirmar, que fué la Academia de Artillería de Segovia y gracias a Morla, uno de los primeros lugares de España en donde se inició el aprendizaje del inglés, idioma que entonces era muy poco divulgado.

Algo que les impresionó sobre las demás formas de fundir cañones, fue la llamada «fundición en sólido», problema de evidente importancia durante largos años del siglo XVIII. Los dos sistemas que en dicha época se utilizaban eran los llamados «sistemas de fundi-

ción en sólido o en hueco». (Noticias que pueden ampliarse en mi trabajo «Sevilla y la Real Fundición de Cañones», publicada en 1992 por Ediciones Guadalquivir de Sevilla).

Durante los años que Morla viajó por Europa, se sucedieron acontecimientos de gran trascendencia política: en España, con el fallecimiento de Carlos III, los nuevos ministros de Carlos IV dieron un notable giro a la política interior y exterior. Mientras tanto, en Francia se declaraba la revolución contra la monarquía, iniciada en París con el asesinato de los Reyes.

Cuando Morla regresa a España, es destinado a la Fundición de cañones de Barcelona, como el lugar más idóneo para que pueda aplicar sus conocimientos en la industria militar.

La formación de Morla, de carácter disciplinado y técnico y profundas aficiones matemáticas, lo presentaban como una víctima más del enfrentamiento entre la formación castrense recibida y la figura que deseaban en la Corte, de hombre dócil y manejable. Su talla militar y científica no se correspondía con su trato social, difícil y extraño al arte del disimulo. En definitiva, Tomás de Morla no daba el tipo de cortesano de la época.

En Barcelona y en la Fundición de Artillería, de la que era Director Don Baltasar Ferrer, pone en marcha la aplicación de sus conocimientos, perfeccionando diferentes procesos de fabricación. Construyó por primera vez los montajes de cañones al estilo Gribeauval, tipo de artillería a la que era muy adepto Morla, por ser la única que actuaba con rapidez y eficacia en protección de la infantería.

Ramón Salas, comenta en su obra «Memorial histórico de la artillería», como gracias a las investigaciones de Morla en Barcelona, se introdujeron en España, a partir de 1792, nuevos montajes para cañones y piezas cortas tipo «Batalla», y se hizo posible el intercambio de los diferentes elementos y poderlos fabricar en serie. Aunque el sistema de montaje que se comenzó a fabricar en España, era el ideado por el francés Gribeauval, no le faltaron algunas reformas e innovaciones introducidas por Tomás de Morla.

Siendo ya Brigadier, se le autorizó por medio de una R.O. de fecha 6 de octubre de 1792, a la construcción de un mortero cónico de 10 pulgadas y otro de 12. Una vez probados, se comprobó su mayor eficacia respecto a los que estaban en uso. Este resultado, aprobado por unanimidad por la Comisión Facultativa constituida al efecto, se acordó que los nuevos morteros cónicos, por tener la recámara con dicha forma geométrica, fueran en lo sucesivo los morteros de



las ordenanzas. Es justo recordar cómo algunos historiadores los han llamado «morteros a lo Gómez», ya que el inventor de este tipo de recámara lo fue el conde Gómez.

Pero la actividad industrial que Morla venía desarrollando en la Fundición de Cañones de Barcelona se vió interrumpida ante la declaración de guerra a Francia, motivada por la muerte en guillotina de los Reyes del país vecino, a manos de los revolucionarios. El gobierno español, con la venia de sus Reyes, decidió vengar aquellas muertes. Lo primero, una vez movilizado el ejército, era actualizar las defensas fronterizas. Nuevamente, la personalidad y conocimiento de Morla acaparían el interés de la Superioridad, razón por la cual fue llamado el artillero jerezano para que las inspeccionara e incluyera en su informe de forma más detallada, su visita al castillo de Figueras.

Es Manuel Godoy, quien se erige principal defensor de la causa monárquica y pone a la firma del rey Carlos IV, el 23 de marzo de 1793, la declaración oficial de guerra contra Francia.

Limitaremos el relato de las «Campañas del Rosellón» a señalar, con brevedad, la aportación que a las mismas ofreció Tomas de Morla.

Al declararse la guerra, Morla, que como hemos dicho trabajaba en la Fundición de Barcelona, pasó a ejercer el cargo de Cuartel Maestre General del Ejército de operaciones, cargo que representaba lo que en la actualidad, Jefe del Estado Mayor.

Con el empleo de Mariscal de Campo al que fue ascendido en julio de 1793, se puso a las inmediatas órdenes del General Ricardos, jefe del Ejército actuante, encargándose de redactar las órdenes de operaciones por escrito y transmitir oralmente las instrucciones de su general. Ambas cualidades tenían sus admiradores y detractores. Para unos, sus órdenes de operaciones llevaban el sello del buen escritor militar, escueto pero terminante. Otros, criticaban su brusca manera de expresarlas. Entre los más descontentos, la de un subordinado suyo, que lo juzgaba de manera muy rigurosa, decía: «*Su voz bronca parecía que regañaba; su pluma, aunque elocuente, era mordaz y atrevida. Era comentario entre los que le trataban, que la miel dada de su mano sabía a hiel*». En cambio, el tratadista Carrasco y Sayz, que lo estudió en profundidad, lo definió diciendo: «*Este jefe de Estado Mayor, lumbrera del Cuerpo de Artillería, fue el alma de Ricardos*».

La artillería, generalmente empleada en la campaña, salvo algún material antiguo pero en buen uso, la constituyeron piezas del mode-

lo Gribeauval que dieron buen servicio y se acoplaron perfectamente a los Planes de fuego dictados por Morla, muy bien acogidos por los artilleros, por su precisión y facilidad de entendimiento.

Don Manuel Godoy quiere resolver con prontitud el problema con Francia. Al mando de 32.000 soldados, el general Ricardos, nieto del famoso duque de Montemar, toma la iniciativa. El duro combate que tuvo lugar en Saint Laurent de Cerdá, el 17 de abril de 1793 se inclinó a favor del ejército español.

Toda la euforia victoriosa mantenida durante los primeros meses de combate, se convirtió en desgracias y desdichas a partir del año siguiente. Los franceses lograron recuperar los terrenos perdidos en el Rosellón y continuaron avanzando hasta llegar a Guipuzcoa y Navarra, logrando que capitulase el Castillo de Figueras.

Al fallecimiento del general Ricardos, la compenetración y apoyo que tuvo con su Jefe de Estado Mayor, no se mantuvo en el nuevo general del Ejército de Operaciones, el Conde La Unión. Las órdenes que dictaba el nuevo general no eran bien recibidas por Morla, que incluso se convirtió en implacable censor, al comprobar que las instrucciones dictadas por La Unión eran no sólo poco aclaratorias sino incluso difíciles de cumplir. Este enfrentamiento comenzó en ocasión de buscar el lugar más estratégico para establecer el esfuerzo principal de la batalla. Morla sugirió Boulou, mientras que el general jefe hizo prevalecer su opinión de establecerlo en Ceret. Los resultados de las operaciones fueron desfavorables para los españoles, lo que volvió a poner de manifiesto las cualidades de observación y clarividencia que poseía el artillero para reflexionar sobre los problemas que plantea una batalla.

Para mayor abundamiento, la opinión que emite Clonard en su obra «Historia orgánica de las armas» en consonancia con el Conde de La Unión, dice: *«sus talentos, no estaban al nivel de sus atributos morales. Faltabanle esa nota intelectual que penetra en el alma del enemigo, se apodera de sus planes y combina medios para destruirlos; ese vigor sintético, privilegio del verdadero genio, que sujeta las circunstancias más difíciles a la voluntad de un hombre, y aún esa firmeza estoica que lucha frente a frente con la desgracia, sin otorgarle nunca más que aquellas concesiones absolutamente indispensables».*

Sin duda, las Campañas del Rosellón, desgraciadas para el Ejército español y que a consecuencia de la Paz se perdió la isla de Santo Domingo, fue, en cambio, la catapulta que lanzó el nombre de To-

más de Morla a todos los rincones de la España Militar e Ilustrada, y naturalmente a la camarilla de Don Manuel Godoy, que tras la firma del Tratado de Basilea, acababa de recibir el título de Príncipe de la Paz. Con tal motivo, Godoy quiso premiar a los más destacados durante la campaña, uno de los cuales recayó en Morla.

Pero la Paz de Basilea, que resultaría menos enojosa para España de lo que hubiera sido sin la actuación eficaz de Godoy y Morla, no fue del agrado de Inglaterra, enemiga de los pactos borbónicos.

Durante tres años la paz militar se mantiene en España, pero en octubre de 1776 vuelve a aparecer el fantasma de la guerra.

Limitando nuestro trabajo a una breve biografía del personaje jerezano, nos impide el placer de extendernos en recordar los episodios históricos que le tocó vivir.

La vida militar de Morla es de constante actividad, y de enorme capacidad de trabajo. Por ello, terminada la guerra con Francia, fue llamado a Madrid, donde a pesar de su empleo de general del Ejército y sólo teniente coronel de Artillería, se le encomienda la misión de dirigir las principales defensas de los Pirineos y el desfiladero de Pancorvo, que ponía en comunicación la meseta castellana con el valle del Ebro, debiendo además asistir a las Juntas de Ministros para informar de los trabajos y tratar los asuntos relacionados con el Ejército.

La inclinación de Manuel Godoy, duque de Alcudía, por los asuntos militares, le venía desde su procedencia como Guardia de Corps, y quiso hacerlo patente desde su elevado puesto, ordenando interesantes mejoras en el Ejército, entre ellas la constitución de una Junta de Generales, presidida por el Ministro de la Guerra, que le elevaran iniciativas para hacer un Ejército más operativo e instruido.

Para el estudio de lo concerniente al Cuerpo de Artillería, fue elegido nuevamente Morla que una vez más, demostró su capacidad de trabajo al terminar en seis meses la redacción de los cuatro Reglamentos, correspondiente al orden y reglamentación de dicho Cuerpo. El primer reglamento trataba de las plantillas y organización; el segundo, sobre las funciones y ascensos de sus oficiales; el tercero, se refería a los Comisarios de Guerras, Juntas Económicas y Cuenta y Razón, dejando para el Cuarto reglamento el estudio del armamento, uniformidad y devengos.

Es digno de señalar, como en el apartado «uniforme» donde se indicaban lo de diferentes usos: cuartel, paseo, medía gala y campaña o maniobras, recomendaba fuese suprimido el uniforme de gala, al

considerarlo gravoso (sic) para el sueldo de un militar. Y en carta particular le sugería a Godoy fuesen aumentados los devengos de los cadetes de artillería, ya que «*nadie querra servir, en donde se estudia y trabaja más y se paga menos*» (sic).

El día 16 de septiembre de 1795, el rey Carlos IV le concede a Morla el ascenso a Teniente General del Ejército.

Fueron tan valorados estos reglamentos que se le pidió a Morla la redacción de unas nuevas Ordenanzas para todo el Ejército. Cumplimentado este nuevo trabajo, y disuelta la Comisión Facultativa, en septiembre de 1797, el Príncipe de la Paz designa a Morla para que reforme y actualice, de acuerdo con los conocimientos adquiridos de sus viajes por Europa, las fábricas de pólvoras de El Salitre, en Murcia, y El Farge, en Granada, cometido que ejerció al frente de un equipo compuesto por oficiales de artillería, durante dos años.

Terminada esta comisión y de regreso a Madrid, dedica el tiempo a su vocación preferida: la docencia y redactar su segundo trabajo importante, titulado: «Arte de fabricar pólvora». Obra que fue declarada de uso obligatorio en el Colegio-Academia por los cadetes, y enviada a las guarniciones artilleras para enseñanza. Como comentario a esta obra, se nos ocurre pensar que ella sola hubiera sido suficiente para contrarrestar la difamación, que de plagiador han calificado a Morla algunos historiadores.

Es justo reconocer que la colaboración entre Morla y Godoy sirvió para impulsar el desarrollo cultural y científico que se inició en el reinado de Carlos III y continuó en el de su hijo. Esta colaboración se transformaría con el tiempo en auténtica amistad entre ambos.

Llegado el verano de 1800, Morla, que saboreaba la posibilidad de trasladarse desde Madrid a la Granja, donde pasar más agradablemente el estío, se vio sorprendido con la orden de trasladarse a Cádiz, donde se había iniciado una epidemia de fiebre amarilla que amenazaba invadir toda Andalucía. El destino que debe ocupar es, el de Capitán General de Andalucía y Gobernador de la plaza. Quizás para compensarle de este mal trago, le fue concedida autorización, tantas veces solicitada por el jerezano, de poder vestir el uniforme de jefe de artillería, a pesar de su empleo de general del Ejército. La R.O. del 4 de agosto de 1800, indicaba que como gracia especial se le concedía al teniente general del Ejército, Don Tomás de Morla Pacheco, el poder usar dicho uniforme.

Con razón diría el general de artillería Arriada, que Morla fue reconocido como *«el primer artillero de Europa, por su talento, sabiduría y laboriosidad»*.

La Historia, relata los numerosos conflictos que vivió Cádiz en la primera década del siglo XIX, por lo que limitaremos nuestro relato a las circunstancias que en dicho período, le tocó vivir a nuestro personaje.

Tras un larguísimo viaje, llegó Morla a Cádiz a los pocos días de iniciarse la terrible epidemia.

Una oleada nauseabunda de cólicos y diarreas se iba cobrando vidas, a causa de fiebres altísimas y prolongadas. El pueblo mantenía la esperanza de vivir con oraciones e invocaciones a los santos de su devoción. En ocasiones, buscaban al curandero, que con palabras misteriosas e infusiones de hierbas, les prometía la curación. La epidemia comenzó a extenderse, surgiendo focos por toda la baja Andalucía. Pero Morla no se arredró y se dispuso a luchar contra ella. Mostrando su característica actividad, visitaba diariamente los barrios más infectados y consolaba a los más enfermos, hasta el punto de contagiarse, como recoge el acta municipal nº 4237, que de forma escueta dice: *«Hoy, 27 de setiembre de 1800, se tiene conocimiento de encontrarse enfermo, contagiado de la epidemia que nos invade, el Excmo. Sr. D. Tomás de Morla, gobernador Militar de esta plaza»*.

Pero Morla no se amilanó y decidió emplearse a fondo contra el mal. Dispuso que, además de los febrífugos que recetaban los médicos, se limpiase todo con cal, azufre y agua hervida. Los dos primeros productos, se daban gratuitamente, anunciándose los castigos que se le impondrían a los no cumplidores. Morla justificaba su actitud diciendo que, *«para que las gentes te escuchen y obedezcan es necesario causarles miedo»*.

Lo mantenía en pie, su actividad, resistencia física y liviano contagio, unido al temor de que la escuadra inglesa, compuesta de 60 buques y un cuerpo de ejército, situados fuera de la bahía pudiera atacar la ciudad.

Cuando las gentes de Cádiz se cercioraron de que el primer defensor de la ciudad contra la epidemia y los ingleses, era el propio Gobernador Militar, que además administraba con honradez y repartía justicia con imparcialidad, se dispusieron a cumplir todas las órdenes. Morla consiguió granjearse el aprecio y admiración de los gitanos.

Ante las dificultades que presentaba la defensa de Cádiz, optó por el camino diplomático e intentó mover la fibra sentimental del almirante inglés. Así pues, le hizo llegar un mensaje escrito en el que le explicaba la grave situación que se padecía a causa de la epidemia, sugiriéndole abandonase los propósitos de ocupar Cádiz en evitación de que sus soldados se contagiaran y se derramase mucha sangre, ya que el pueblo gaditano estaba dispuesto a luchar hasta la muerte, como así mismo las guarniciones de Jerez, Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda.

No tardó el almirante Keith en contestar la carta de Morla. En ella, abusando de su superioridad y suponiendo que el artillero jerezano capitularía, le exigía la entrega de todos los navíos españoles, única forma de no llevar a cabo el ataque a la plaza.

Ante esta respuesta, la actitud indignada de Morla, quedó reflejada en una carta fechada el 6 de octubre de 1800 que, por deseos de Godoy, tuvo eco nacional al ser publicada en la Gaceta de Madrid, y que el propio Príncipe de la Paz publicó en sus memorias, donde puede ser encontrada.

La divulgación de dicha carta por las cancillerías extranjeras, influyó en descrédito del inglés por su actitud poco humanitaria, lo cual unido al empeoramiento de la mar a causa del cambio de meteorología, desanimó al almirante inglés, que desistió de su descabellada agresión a Cádiz.

Algún historiador no ha querido valorar la actitud decidida e incluso valiente de Morla, que no quiso aceptar la capitulación que se le ofrecía, pudiendo haberlo hecho con solo hacer valer el contagio que padecía y delegando su responsabilidad. Morla, en cambio, estimuló a sus gentes, agradeciéndoles la colaboración y la magnífica respuesta recibida de autoridades y pueblo de Jerez y Puerto de Santa María. En este sentido escribía al rey «veo con satisfacción y orgullo, lo gustoso que se ofrecen a la defensa lo mismo la guarnición, que el honrado vecindario».

Pasado el peligro de invasión y mejorada la cuestión sanitaria, la atención del general se concentró en dos aspectos fundamentales: desterrar la epidemia definitivamente y mejorar las fortificaciones. Una vez resuelta la primera y extremada la vigilancia de los viajeros que desembarcaban de los buques que llegaban de América, dedicó todo su tiempo a reconocer las fortificaciones. Realizando el exhaustivo estudio de las mismas, envió un amplio informe la Príncipe de la Paz, en el que proponía eficaces solucio-

nes para actualizarlas, dado el mal estado en el que se encontraban.

El proyecto fue, en un principio, muy bien acogido por el rey, pero sus asesores no lo consideraron asequible, lo que, como recelaba Morla, le fué devuelto para un estudio más profundo.

La envidia volvía a influir en algunos contra el artillero jerezano, que no solo conocía a la perfección el problema, sino que se adelantaba a los inmovilistas de la época. Así se expresa el general Pérez de Sevilla en su libro. «La artillería española en el sitio de Cádiz», cuando en el capítulo IV dice lo siguiente: «*El general Morla había ideado una fortaleza avanzada a nuestro frente, de tierra que cortase el camino que va a la Isla de León, y se uniese a este frente y al fuerte de Puntales, para poder formar una nueva población*». «*¡Quién iba a pensar entonces que ciento cincuenta años después se iba a ver plasmada la idea del inteligente militar en la población que hoy tiene Cádiz, entre Puerta Tierra, Puntales y la Cortadura!*».

Tampoco se «rindió» Morla en esta ocasión, ante la incompreensión de sus Superiores. Se puso en contacto con el ingeniero Don Antonio Hurtado, gran conocedor de la ciudad, y estudiaron nuevas fortificaciones que impidieran la invasión y ampliara el perímetro de Cádiz. El nuevo proyecto fue enviado a la Corte a comienzos del año 1801.

Pero la ausencia de Morla del Gobierno Militar de Cádiz, reclamado para intervenir en la guerra de Portugal, dejó el campo libre a sus detractores, que volvieron a desechar el último proyecto de mejora de las defensas de la ciudad.

La amistad con Godoy creció desde entonces, así como la familiaridad en el trato, dada la confianza en la que se expresaban por carta. Morla no eludía comentar al Príncipe de la Paz sus discrepancias y opiniones sobre personalidades de la corte y miembros del Gobierno. Así, al ministro Antonio Cornel, siempre dispuesto a negar a Morla cualquier gracia, le llamaba «El cornelio».

En todos los destinos ocupados por Morla, había dejado muestras de gran capacidad de trabajo, amplios conocimientos técnicos, excelente disposición para mandar, temperamento enérgico e incluso un fino ingenio muy en consonancia con su naturaleza andaluza, que empleaba con mayor asiduidad, por escrito, sobretodo, en las anotaciones marginales que ponía a los documentos que le entregaban para informar. Valga como ejemplo, la anotación que puso en el expediente instruído por el Cuerpo de Comisarios, donde solicitaban ser

ellos los directores recaudadores de los arbitrios, pidiendo además le fuesen asignado personal auxiliar y locales donde efectuar los trabajos. Morla, con buen sentido del humor, anotó al margen: «*Tienen mil razones los Comisarios, pero es muy dulce tener los goces, y echar el trabajo al vecino*» (Este expediente se conserva en el archivo de Don José Pettenghi, en Cádiz).

El nombramiento de Don Manuel Godoy como Generalísimo del Ejército, le permitió a Morla demostrar a su protector su alegría y afecto, en carta que le envió reiterándole su más ferviente adhesión.

La situación internacional preocupaba a los españoles, a causa de la disputa entre Inglaterra y Francia por obtener el poderío europeo, como sucedió al tener España que apoyar al rey francés y tener que declarar la guerra a Portugal, aliada de los ingleses.

Un mes antes de esta declaración de guerra, formulada el 27 de febrero de 1801, fue llamado Morla a la Corte, dejando el Gobierno Militar de Cádiz encargándose del planteamiento y organización, tanto estratégica como logística, de lo que la Historia conoce con el sobrenombre de «Guerra de las Naranjas», título motivado por el hecho de al ser conquistado Elvás, los soldados cogieron ramos de naranjas que ofrecieron a sus jefes, que los llevaron al general Godoy, quien, a su vez, las envió a la Reina.

En realidad, el cometido asignado a Morla correspondía al general jefe del Estado Mayor, cargo que le señaló el Ministro de la Guerra, Don José Caballero, a instancia del Príncipe de la Paz, que lo quería como colaborador en estas acciones guerreras.

No le sentó bien este nombramiento al capitán general de Castilla la Vieja, general Artega, que elevó su protesta considerando que el jerezano se había tomado atribuciones que no le correspondían. Los celos personales del general Artega llegaron hasta Godoy, que pidió al Ministro de la Guerra recordase a sus subordinados, la importancia de obedecer las disposiciones superiores y que el Generalísimo del Ejército tenía potestad para nombrar a quien desease como su Jefe de Estado Mayor.

La preocupación de Godoy como jefe del Ejército de operaciones era la artillería. Sabedor de que Morla la conocía a fondo, le encargó su puesta a punto. La mayor inquietud del artillero era, naturalmente, que el arma de su vocación fuese efectiva y alcanzara el mayor lucimiento. Para ello, necesitaba disponer del ganado necesario para desplazar la artillería ligera y de las suficientes municiones y pólvora, en cuya búsqueda demostró sus conocimientos e



ingenio. Conociendo de que cierto regimiento de caballería disponía de mayor número de caballos que de jinetes, solicitó la agregación de equipos sobrantes al ejército expedicionario, logrando formar dos nuevas baterías.

No entraremos en comentar esta guerra con Portugal, tema de elemental libro de Historia, aunque si recordar, que dio comienzo, el 20 de mayo de 1801, casi un mes después de su declaración. Fue tomada la plaza de Olivença, sitiada las de Elvas y Campo Mayor y finalizó el 8 de junio en el Tratado de Badajoz y la alegría del rey español Carlos IV, que deseaba una rápida terminación, por la razón de que su hija la infanta Carlota ocupaba el trono lusitano.

Desde el punto de vista técnico-militar, esta guerra debe catalogarse como unas grandes maniobras pensadas por Godoy para tranquilizar los deseos franceses y revalorizar la importancia de los Reyes de España.

Finalizada esta acción bélica, Morla, tuvo que permanecer en Madrid. El Príncipe de la Paz, que había logrado interesar a Carlos IV en la reorganización del Ejército español, le encargó tal misión y, especialmente, la actualización de las Ordenanzas de Carlos III, que permanecían en vigor desde 1768.

A partir de entonces, el poder militar de España quedó centralizado en el guardia de Corps y en el artillero. Morla era el técnico que estudiaba los problemas y transmitía las soluciones a Godoy, para que eligiese la que le pareciera más apropiada.

En el verano de 1801, los Reyes, con la Corte, se trasladan a los Reales Sitios, siendo acompañados por Tomás de Morla, que se aloja en San Lorenzo del Escorial.

Venimos señalando la eficacia con la que Morla desarrolla las misiones que le son encomendadas; pero sería injusto silenciar algunos nombres de los más leales y activos colaboradores que formaban su equipo de Plana Mayor. Estaba constituido por once jefes y seis oficiales de distintas armas. Los más numerosos, eran los artilleros, cuyos nombres eran: los brigadieres, José Virnes y José Navarro; los coroneles, Francisco Mariano y Benito San Juan; los tenientes coroneles, Joaquín Navarro y Juan de Ara y el capitán Mariano Bresón.

Este equipo sería, además, el encargado de actualizar el nuevo Reglamento del Real Cuerpo de Artillería, fechado el 22 de julio de 1802, y Godoy consiguió, al fin, ser nombrado comandante general de los Cuerpos de Artillería e Ingenieros, por los que sentía verdadera admiración.

Es de justicia, llegado este momento, de romper una lanza a favor de Don Manuel Godoy, tantas veces denostado históricamente por su, en ocasiones, imagen frívola, usar llamativos uniformes y ansiado estilo cortesano; olvidando la importante labor realizada en el aspecto militar, y sus grandes dotes de gobernantes capaz de comprender y asimilar los problemas castrenses.

Todo ello justifica que, a pesar de la diferencia de caracteres y formación, Morla y Godoy, llegasen a ser eficaces colaboradores en la reorganización del Ejército español y leales amigos.

El mayor mérito que, según mi criterio debe atribuirse a Godoy, fue comprender que la principal virtud que debe tener el Ejército es, que sea disciplinado y disponga de una eficiente organización. Por ello, aunque sus conocimientos militares no eran profesionales, comprendió la necesidad de mantener, aún en paz, al equipo de Estado Mayor, dirigido por Morla. A pesar de ello, las intrigas, las envidias y los famosos demonios familiares españoles, dieron al traste con tales deseos y el indicado Estado Mayor, fue disuelto el 30 de marzo 1802. Como dato anecdótico, recordar fueron los primeros que para distinguirse, usaron como divisa la faja azul, que hoy siguen utilizando los componentes de dicho cuerpo.

Pero no se conformó por completo Godoy, que pidió al Rey los premiara en atención a la magnífica labor realizada, otorgándole destinos de la mayor relevancia. Así sucedió, y Tomás de Morla fue nombrado el 3 de abril de 1802, Consejero de Estado. Antes de tomar posesión del nuevo cargo, dio órdenes para continuar y activar la instrucción militar de las unidades. Posiblemente, era una premonición ante el incipiente temor de un enfrentamiento con las tropas de Napoleón.

Sobre este punto, recogemos la interesante opinión de la historiadora María Dolores Herrero, pág. 387, de su obra ya citada, en la que dice lo siguiente: *«En definitiva, el Estado Mayor de Godoy cumplió con su misión en la guerra de Portugal y lo hizo, igualmente, en los meses que estuvo dedicado a la redacción de la nueva constitución militar española. Parece que, con tristeza por parte del Generalísimo, se vió en la obligación de disolverlo y quien sabe si de haber pervivido, no hubieran logrado implantar, de forma operativa, la Ordenanza en el Ejército, dedicándose plenamente a ello, y los efectivos con que se deberían medir las fuerzas con Napoleón no habrían sido muy distintos a los que, en realidad defendieron España en 1808».*

A pesar del nombramiento de Consejero de Estado, hubo de volver a Cádiz como capitán general de Andalucía, no solo por el interés militar de la plaza, sino también porque su presencia en la Corte comenzaba a ser embarazosa. Antipatía que partía de los jefes de la Guardia de Corps y de la reina María Luisa de Parma, debida a que en la reorganización del Ejército habían sido reducidas de plantillas de generales de los Guardias de Corps, por no ser necesarios, ya que en su mayoría habían ingresado de forma caprichosa y sin méritos profesionales de ninguna clase.

Las condiciones disciplinarias impuestas por Morla, que no se prestaba al fingimiento, convencieron al Generalísimo de que aquellos militares deshonraban al estamento militar. El resultado de este correctivo a los jefes de la Guardia de Corps, lo asimiló la Reina como un desprecio a su persona, que repercutió contra Morla influyendo en apartarlo de la Corte, casi como un correctivo.

En nada le afectó al jerezano volver a su tierra y apartarse de la sociedad cortesana, donde no encajaba, ni por su carácter, ni por sus ideas. Por otra parte, le encantaba el clima y las gentes de Cádiz, así como la temperatura regulada por el termostato del mar.

Existen referencias de como Godoy defendió ante la Reina, las virtudes castrenses y morales de Morla, así como su laboriosidad y ciencia, motivos principales de las envidias de sus detractores. Nada consiguió Godoy ante la Reina, mayormente influenciada por sus camaristas y generales destituidos.

Conviene aclarar, que Morla no ocultaba su descontento de permanecer en Madrid, criticando el poco nivel cultural de la Corte, comparada con las de otras naciones, e incluso con las sociedades de Sevilla y Cádiz.

Los importantes cargos desempeñados y su amistad con Godoy, le permitían observar la vida de la Corte, y por su carácter íntegro y honrado le parecía impropio que las medianías se mantuvieran a pesar de sus fracasos.

Tan claramente se lo expuso a Godoy, que el Príncipe de la Paz arremetió contra muchos cortesanos y personajes de la Guardia de Corps. Sobre este tema, el historiador Moreno Alonso, cuando relata la biografía de Arias de Saavedra, dice en la pág. 220 que, siendo su biografiado ministro de Hacienda en el Gobierno de Carlos IV, observó que el rey estaba cansado de Godoy y deseaba separarlo de su lado y de la Corte, y que fue el propio Rey, incluso influenciado por la Reina, quien «*extendiendo de su puño y letra un*

*terrible decreto de proscripción, que me entregó personalmente. Y que con ayuda de Gaspar de Jovellanos, a la sazón, ministro de Gracia y Justicia, logré que se modificara. Opuesto a un fin trágico, ni Don Melchor ni yo, podíamos prestarnos a que descargasen sobre el válido un castigo riguroso, que tenía mucho de venganza y poco de ejemplaridad».*

Cuando Morla vuelve a Cádiz, ha cumplido 57 años. Ello le hace pensar que será su último destino. Pero la situación de España era deprimente: guerra con Inglaterra, el desastre de Trafalgar, intrigas cortesanas, y problemas de sucesión entre el rey Carlos IV y su hijo, el Príncipe de Asturias. Para colmo de males, se resentía de algunas heridas de guerra y sufría con demasiada frecuencia dolorosos ataques de gota.

Le gustaba pasar sus días de descanso en el Puerto de Santa María, donde tenía buenos amigos y los vientos eran más suaves que en Cádiz. Allí se encontraba el 16 de septiembre de 1804, cuando le llegó la orden de incorporarse urgentemente a Granada para tomar el mando de su Capitanía General, supliendo al Príncipe de Monforte aquejado de la epidemia de vómito amarillo declarada en la ciudad de la Alhambra. Sólo cinco días demoró la salida, haciéndolo el 22 del mismo mes. En postas se dirigió a Ecija, donde pasó la noche para continuar al día siguiente hasta Granada. Nuevamente, hubo de resolver Morla problemas de protocolo, al no haberse recibido en la ciudad la notificación de su nombramiento.

Durante varios días, se mantuvo la incómoda situación, hasta que a primeros de octubre, se recibió la notificación real que le nombraba capitán general interino del Distrito y Costa de Granada, debiendo hacerse cargo del mando militar, sanitario y judicial de la plaza y provincia.

Su actuación fue muy eficaz, como se esperaba de su experiencia y capacidad de trabajo. Pronto puso remedio para evitar que se propagase la epidemia y repartió un pequeño folleto explicativo de la forma de prevenir y remediar el mal.

Además, por tener que compaginar el cargo de Presidente de la Real Cancillería, tuvo que conocer la resagada situación en que se encontraba la justicia, y al objeto de actualizarla, publicó el 2 de enero de 1805 una arenga a manera de razonamiento, estimulando a jueces y magistrados al mejor cumplimiento de sus misiones, que terminaba con la siguiente pregunta: *¿Son suficientes la ciencia y la probidad para la recta administración de la justicia?* Este estilo de

discurso era muy del agrado de Morla. En ellos, solía incluir argumentos sobre la laboriosidad y la honradez, así como otras virtudes necesarias para la más eficaz convivencia en la sociedad.

Mientras tanto en Cádiz la vacante dejada por Tomás de Morla había sido cubierta por el general Francisco Solano, marqués de la Solana y del Socorro, un criollo nacido en Venezuela, persona de extraordinarias cualidades humanas y castrenses. En opinión de Alcalá Galiano, que siempre encontraba motivo para criticar a Morla, decía que: «*aunque el artillero jerezano era militar instruído y oficial facultativo, Solano era más soldado y con mayor fervor para dirigir el Gobierno Militar*». Cuando Solano se hizo cargo del mismo, solo tuvo que continuar la labor iniciada por su predecesor referente a la defensa de Cádiz, recogidos en la última Memoria enviada a la Corte y aprobada por el rey Carlos IV.

Superada la crisis epidémica de Granada y restablecido el orden social y sanitario, transcurridos seis meses, solicitó Morla el regreso a Cádiz. La autorización que le fue concedida, le marcaba como lugar de residencia el Puerto de Santa María, sin destino militar alguno. Esto ocurría en marzo de 1805. A la vista de ello, consideró Morla agotadas las posibilidades de obtener algún cargo, al tener cumplidos los 58 años, y se preparó a terminar sus días en el bello enclave gaditano.

Aunque algunos de los defectos atribuidos a Morla, derivados de su carácter, son ciertos, no lo es menos que su espíritu de servicio y cualidades profesionales están por encima de sus defectos. Y esta actitud de mantener en alza su jerarquía y estar presente en las situaciones precarias para España, lo impulsó a solicitar su incorporación al servicio activo, cuando vio amenazada la Patria por la invasión francesa. La anormalidad a la que nos referimos ocurrió el 19 de marzo de 1808, cuando en Aranjuez se amotinaron las gentes contra Godoy.

La situación que vive la Corte es desagradable y embarazosa, motivada por las diferencias entre Carlos IV y su hijo Fernando. Esta situación unida a que lo mejor del Ejército español al mando del marqués de la Romana está ausente de España, lo aprovecha Napoleón para llevar a cabo parte de su ambicioso plan de imponer su supremacía por toda Europa.

El pueblo Español, y singularmente el madrileño, toma inclinación a favor de Príncipe de Asturias, quizás pensando que la salida del trono de Carlos IV mejoraría la situación nacional.

También Morla, influenciado por esta corriente popular, consideró la conveniencia de elevar al trono al que sería Fernando VII, al creer que era una víctima no solo de sus padres, sino incluso de su buen amigo Manuel Godoy.

Ante la grave situación de España con la invasión francesa y el vacío de poder, movió la fibra patriótica de Morla, que a pesar de sus achaques y tener cumplidos 61 años, ofreció sus servicios al Gobierno, en la persona del Gobernador Militar de Cádiz, general Solano. Aceptados los servicios del jerezano, se convocó Junta de oficiales generales, a fin de resolver los movimientos patrióticos que se venían produciendo en Andalucía a raíz de los graves sucesos ocurridos en Madrid el 2 de Mayo.

De la reunión de generales, quedó evidente la postura de general Solano de considerar una temeridad declarar la guerra a los franceses, al no tener España medios ni ejército en condiciones mínimas de oponerle resistencia. Esta actitud trascendió al pueblo. El 28 de mayo de 1808, el teniente general Gobernador Militar de Cádiz, Francisco María Solano, marqués del socorro, publicaba el «Bando», que le llevó a la tumba, en el que explicaba, después de la reunión con los generales, las causas de su oposición a dar armas al pueblo y declarar la guerra a los franceses. Mientras tanto, el clamor gaditano pedía, insistentemente, la rendición de la escuadra del almirante Rosilly.

Aún aceptando las ideas del Gobernador Militar de los inconvenientes de enfrentarse a los franceses, los generales reunidos decidieron llevar a cabo un aislamiento preventivo ante la explosiva actitud patriótica del pueblo gaditano, que se congregó en la Plaza de las Nieves, ante el Gobierno Militar, gritando fuesen destruidos los barcos franceses fondeados en la bahía.

La situación se agravó cuando corrió el rumor de que el Gobernador Militar no pensaba declarar la guerra a Francia, y fue tachado de traidor. Asustado el general Solano, intentó huir y cuando estaba a punto de conseguirlo fue reconocido por el populacho, que lo hizo víctima de su furia. Cuando Morla y otros oficiales intentaron ayudarlo, ya era tarde. El cuerpo del general Solano había quedado sin vida en una de las plazas de Cádiz, ante el dolor y el enojo de Morla, que a pesar de la desgracia que presentía, era aclamado por la multitud para que ocupase nuevamente el mando del Gobierno Militar.

La Junta Política establecida en Sevilla a causa de estos problemas, presidida por Don Francisco Arias de Saavedra, decide enviar a Cádiz al mariscal de campo Eusebio Herrera, al objeto de comprobar

si dicha ciudad se adhiere a los planes de la Junta y cual era el espíritu de sus autoridades en cuanto a ser independientes o se subordinasen a las instrucciones dimanadas de la Junta de Sevilla.

El informe de Herrera fue favorable, manifestando que a pesar de los primeros momentos de marcado matiz revolucionario del pueblo, Tomás de Morla logró aplacarlos y estaba dispuesto a seguir las órdenes que se dictaran desde Sevilla, encontrándose en la actualidad preparando la defensa y artillado de la ciudad, y aleccionando a los regimientos Numancia, Pavia y Farnesio para intervenir dentro o fuera de Cádiz.

Por otra parte, enterado el general Castaños, que se encontraba el Algeciras, de la situación por la que atravesaba España, se trasladó a Sevilla poniéndose a disposición de la Junta Patriótica. La actuación de Castaños hasta la victoria en Bailén es bien conocida. Mientras tanto, Morla, que había accedido a tomar el mando del Gobierno Militar en Cádiz, volvía a enfrentarse a nuevos problemas. Hasta el 12 de junio de 1808, no se inició en Cádiz el alistamiento de voluntarios, formando un cuerpo de tres mil hombres bajo la denominación de «Milicias para la defensa de Cádiz», nombre que se cambió el 10 de agosto por el de «Cuerpo distinguido de Voluntarios honrados de Cádiz».

El almirante inglés Collingwood ofreció el desembarco de una división de infantes, para ayudar a Morla; este, de acuerdo con la Junta de Sevilla, no aceptó la oferta, aún agradeciéndola.

Antonio de Castro, en su obra «Historia de Cádiz y su provincia», recoge la circular publicada por Morla, en la que decía: «*Cuando Cádiz, esta bella, culta, rica y noble ciudad, estuvo próxima a ser devorada, el desorden se contuvo, la tempestad cesó y se limpió la atmósfera; las tropas reconocieron a sus jefes y se apartaron de los malvados*».

Estas bellas palabras servían de preámbulo a la creación de una Junta Política presidida por Tomás de Morla, constituida por varias secciones, entre ellas la de Defensa y Observación, que inmediatamente constituida envió un mensaje al almirante francés Rosilly, instándole a que arriase la bandera de los buques fondeados en la bahía. El mensaje fue llevado por dos parlamentarios perfectamente elegidos dentro del contexto político: un capitán de fragata y uno de los más señalados cabecillas del pueblo.

El almirante francés, que conservaba el mando de la escuadra conjunta desde que lo ordenó el general Solano, teniendo como Segundo



al almirante español Juan Ruiz de Apodaca, contestó negativamente a lo que se le pedía en el mensaje. Y para tener más seguridad de no ser atacado por los ingleses, cuya escuadra se mantenía fuera del Puerto, se retiró por el canal de La Carraca, situándose entre los castillos de Puntales y el de Matagorda, colocando alternado los navíos franceses y españoles.

Los hechos ocurrieron de la siguiente forma: Todavía no se había recuperado nuestra Escuadra de la batalla naval al sur del cabo Trafalgar, ocurrida el 21 de octubre de 1805. Napoleón, descontento del almirante francés Villeneuve, que ostentaba el mando de la flota franco-francesa, nombró al almirante Rosilly para relevarle. La nueva flota constaba de cinco buques y una fragata franceses, y de seis navíos y una fragata española, mandadas por el almirante Ruiz de Apodaca. Estos trece barcos permanecían fondeados en la bahía de Cádiz, cuando fue bloqueada por la poderosa escuadra inglesa mandada por Lord Collingwood.

Pero así como los barcos franceses estaban perfectamente abastecidos y pertrechados, a los españoles les faltaba material de guerra y andaban escasos de personal.

Al fin, y reiterando Morla su petición, el 30 de mayo lograron los buques españoles separarse de los franceses, al objeto de ser pintados y restaurados, esto dio ocasión a los ingleses a ofrecer nuevamente su ayuda para que diese comienzo el combate. La propuesta de Lord Collingwood no fue aceptada por Morla, temeroso de que los ingleses hicieran en Cádiz un nuevo Gibraltar, pero si solicitó del inglés el préstamo de 400 barriles de pólvora.

Morla decidió estudiar un nuevo plan de ataque, para lo cual se reunió con el mariscal de campo, Herrera; el comandante general del Departamento Juan Moreno y el comandante de la Escuadra, Ruiz de Apodaca, los cuales decidieron resguardar los navíos españoles del fuego francés y organizar un nuevo plan de fuegos de la artillería.

Así mismo, para calmar a los gaditanos se publicó el siguiente bando:

«Pueblo español, leales compatriotas, la voz de la razón me ha dictado estas reflexiones y como jefe os digo ahora, que os doy mi palabra de que los franceses mudan el pabellón, o lo menos no coloquen los suyos; pues cualquier otra providencia acarrearía mil desgracias a nosotros mismos; no intentéis nada, pues destruiríais mi plan: ya tengo tomadas mis medidas y dentro de 24 horas habéis de



ver los efectos favorables que todos deseamos. Cádiz 30 de Mayo de 1808. Morla.

Los almirantes Moreno y Ruíz Apodaca, encargados de preparar el ataque, llevaron a cabo una labor extraordinaria, a fin de reforzar los buques españoles, mientras el general Morla reforzaba las baterías emplazadas en La Cantera, Trocadero y Puntales.

Comprendiendo Rosilly que le aumentaban las dificultades para salir airoso, determinó ganar tiempo reanudando las negociaciones, en espera de que los refuerzos anunciados, condecorador de que Dupont avanzaba por Andalucía con el propósito de llegar a Cádiz por tierra y libertar a la escuadra de la presión a que le tenía sometido Morla. A este respecto se expresa Pérez Sevilla en su obra «La Artillería española en el sitio de Cádiz», donde dice en la página 208: *«Ciegos en su orgullo, los franceses aseguran que solo sería un paseo militar para el formidable Dupont la conquista de las Andalucías. Envíasele efectivamente un formidable ejército de escogida y veterana tropa. A hacerles frente se dispone el ejército andaluz, falto de todo menos de patriotismo; más este es un bálsamo a cuya eficacia no hay dolencia rebelde».*

Aprovechando Rosilly un cambio de viento que le favorecía, cambios que ocurren con frecuencia en Cádiz, ordenó un movimiento de sus navíos, internándose en el canal de La Carraca hasta encontrar lugar que le permitía estar más protegido de un ataque español.

En vista de ello, el almirante Ruiz Apodaca determinó fuesen armadas algunas embarcaciones, constituyendo tres grupos de quince cañoneras cada uno, mandados por dos brigadieres y un capitán de navío, con instrucciones concretas a la hora de actuar, que se le señalaría por medio de banderas.

Mientras tanto, Morla seguía las negociaciones con Rosilly, a fin de ganar tiempo para iniciar el ataque, estableciendo su puesto de mando en la Torre Tavira. Un nuevo mensaje le envió al francés el 9 de junio, en el que decía: *«A este efecto, doy a V.E. dos horas de tiempo para que se resuelva a la rendición; más negándose a ello, después de este tiempo, o viendo en el hacer cualquier movimiento extraño, soltaré mis fuegos de bombas y balas rasas (que serán rojas si V.E. se obstina); atacará la Escuadra Española y también las fuerzas sutiles. En fin, la Escuadra Inglesa estará a la boca del Puerto para que no le quede el menor recurso».*

A dicho escrito, que llevaba fecha 9 de junio de 1808, contestó el francés negativamente, lo que dio lugar a que Morla ordenara comen-

zar el fuego, a las tres y cuarto de la tarde, que fue vivísimo por ambas partes.

Las fuerzas navales españolas atacaron durante horas, sin poder vencer la resistencia francesa, hasta que se hizo de noche, en que cesó el combate.

A las 9 de la mañana del día siguiente, se intimó por segunda vez al almirante Rosilly, aunque estuvo suspendida la confrontación artillera, trabajándose con toda la intensidad en el artillados de la Costa y lugares estratégicos, desde donde pudiera ser alcanzando algún buque francés.

Una vez que Morla consideró tener dispuesto su dispositivo de ataque, volvió a ofrecerle al almirante Rosilly una honrada capitulación, respetándole la vida y equipaje a todos sus hombres.

Ante la profusión de emplazamiento astilleros, observado por Rosilly, terminó por rendirse, al no saber que desde el día 10, tras los combates del día anterior, Morla no disponía de pólvora. Si el almirante francés no se hubiera rendido, Morla no hubiese tenido más remedio que solicitar la colaboración de la escuadra inglesa.

Otra cosa que nunca supo el francés, era, que la mayoría de las bocas de fuego que creyó contabilizar en el artillado español, habían sido simuladas por el almirante Moreno, que logró engañar a Rosilly, a pesar de la gran experiencia del francés.

Cumplió Morla lo prometido, aunque se negó a autorizar que un emisario de Rosilly se trasladase a Francia a dar cuenta a Napoleón de lo sucedido.

Rápidamente dirigió Morla al pueblo de Cádiz una proclama que decía: «*Gaditanos: la escuadra francesa, al mando del almirante Rosilly, acaba de rendirse a discreción confiada en la humanidad y generosidad del pueblo español. Cádiz, 14 de junio de junio de 1808. Morla*».

Los prisioneros fueron recluidos en los navíos «Castilla» y «Argonauta» y en locales de La Carraca. En cuanto a Rosilly y sus oficiales, se les autorizó a permanecer en sus respectivos barcos, con la condición de no encender el horno ni amasar pan, que le sería suministrado gratuitamente a diario.

La repercusión favorable que en toda España tuvo la captura de la Escuadra francesa, motivó a la Junta de Sevilla a crear una medalla conmemorativa, que se repartió con generosidad entre los gaditanos, así como otras recompensas especiales a los más distinguidos. Concretamente, al general Tomás de Morla y al almirante Juan Joaquín

Moreno se le concedió la Banda roja, que usaban los vocales de la Junta de Sevilla.

Al insistir Rosilly en su petición de enviar un emisario a Napoleón, ante la negativa de Morla, le censuró su intolerancia al no querer cumplir con las leyes que rigen en la guerra. A ello contestóle Morla, en razonamientos contundentes:

«Hábleme V.E. de las Leyes de Guerra. ¿Pero puede haberlas en la actual, en que toda una Nación irritada, entusiasmada y cuasi en delirio clama por su Soberano, aprisionado por engaño y por la sangre que han derramado entrando a título de amigos, sus tiranos y opresores. ¿A dónde está la prudencia y moderación que tanto respaldece en V.E.?»

«Viniendo al hecho, digo: que no me ha respondido la Junta Suprema de Sevilla, acerca del envío de un oficial francés y que con su respuesta en caso favorable, instaré a Lord Collingwood por pasaporte: que es cuanto puede y me toca hacer».

Poco después se recibía de la Junta de Sevilla, la autorización para que el almirante Rosilly y varios de sus oficiales abandonasen Cádiz, entregándoles salvoconducto correspondiente para que el almirante inglés Lord Collingwood no les detuviera.

Curiosamente, como corresponde al ceremonial diplomático de la época, aún en caso de guerra, el almirante francés, antes de abandonar Cádiz, solicitó audiencia del general Morla para despedirse, encariéndole la atención y cuidado de sus compañeros y tropa.

El almirante Enrique Barbudo Duarte, en su interesante trabajo «Apresamiento de la Escuadra francesa del almirante Rosill en la bahía de Cádiz» hace un admirable resumen de este conflicto, que titula Juicio Crítico, que por su extracto y buen estilo castrense, consideramos de la mayor importancia y provecho darlo a conocer.

Esto dice el almirante Barbudo Duarte:

### Juicio crítico

*Los acontecimientos políticos y la situación militar que rodearon a la escuadra del almirante Rosilly, determinaron que ésta se encontrase irremisiblemente perdida desde el primer momento.*

*La situación de Rosilly era muy desgraciada, al encontrarse en el interior de una bahía enemiga coronada por castillos bien artillados y teniendo el costado una escuadra enemiga igual en poder a la suya, mientras que en la boca del puerto otra flota enemiga, la*

inglesa, fuerte de doce navíos, es decir, con doble poder que la de Rosilly, esperaba para remarlos a los buques franceses que consiguieren escapar de las manos españolas.

El almirante Rosilly trató de retrasar el combate cuando le fue posible, con la firme esperanza de ser socorrido por los ejércitos de Napoleón. Todas sus negociaciones no tuvieron otro objetivo. Cuando la ruptura fue ya inevitable, dio la vela y se metió dentro del caño de La Carraca. Esta decisión fue acertada, porque:

—se colocaba fuera del tiro de cañón de los castillos.

—eliminaba el peligro de ser atacado por los navíos españoles, que no podían maniobrar dentro del estrecho caño.

—amenazaba directamente al Arsenal.

—retrasaba el momento del ataque, pues para llevarlo a cabo era necesario a los españoles cambiar la distribución de las baterías y organizar las fuerzas sutiles.

Al mismo tiempo era la única decisión de tomar Rosilly, pues para salir de la bahía, necesitaba primero eliminar la escuadra española que le cortaba el paso y después seguir combatiendo con la inglesa, muy superior a ella.

Cuando llegó el momento del combate, la escuadra de Rosilly se batió muy bien y sólo se entregó después de salvar el honor de las armas, cuando comprendió que la continuación de la lucha sólo conduciría a una pérdida inútil de vidas.

El almirante Rosilly demostró habilidad política en las negociaciones que mantuvo y navalmente lo hizo muy bien. Solamente a pesar de la inteligencia demostrada, no fue capaz de adivinar la debilidad de los armamentos que le rodeaban, que aparentemente eran poderosos; pero claro es, que no debe achacársele ineptitud por ello.

En la correspondencia mantenida entre Rosilly y Morla, destaca el elevado lenguaje empleado por ambos, fruto de las costumbres de la época y de la forma de conducirse entonces las guerras.

En esta acción naval existió siempre un mando único, ejercido por el capitán general del Ejército, D. Tomás de Morla.

Por otra parte, a Morla le interesaba atraerse la ayuda inglesa por si le fuese necesario. Para ello comisionó al mariscal de campo Adrián Jacome y al jefe de la Escuadra Juan Ruiz de Apodaca, para que marcharan a Londres al objeto de realizar una aproximación diplomática ante S.M. Británica. Por otra parte, comisionó igualmente al mariscal de campo Eusebio Herrera y al Oidor Pedro Creux, para realizar la misma misión ante el almirante Collingwood, que

se mostró muy complacido y dispuesto a prestar a Cádiz la ayuda necesaria.

Esta victoria sobre los barcos franceses permitió la recogida de un importante botín en armamento, cañones y pólvoras de los que tan necesitados estaban en Cádiz.

El júbilo del pueblo fue exultante con felicitaciones multitudinariamente a Morla; felicitaciones que también recibió del general Eusebio Herrera, el cual dio por finalizada la misión encomendada por la Junta política de Sevilla, que meses antes lo había destinado a Cádiz para controlar e informar la actitud del jerezano.

Con motivo de moderar los excesos efusivos de los gaditanos y evitar que las gentes se tomaran la justicia por su mano atacando a los prisioneros franceses, el gobernador militar hizo público un Bando, en el que daba cuenta de las dificultades habidas para conseguir la rendición de los barcos del almirante Rosilly y solicitaba del heroico pueblo gaditano el cumplimiento de las leyes y el respeto para el adversario, como es propio de un pueblo culto y bien intencionado.

Aunque Morla mantuvo constante comunicación con el almirante inglés Collingwood, que se mantenía en su escuadra alejado de la bahía, nunca quiso recibir la ayuda que éste le ofreció.

Gracias a la benevolencia del gaditano e investigador Don José Pettenghi, hemos podido obtener algunas cartas interesantes de este tiempo, que intercalamos en el texto como puntos aclaratorios.

Con fecha 22 de julio de 1808, dirige Morla una extensa carta al Presidente de la Junta Política de Sevilla, de la que subrayamos cuatro puntos del mayor interés: la enorme antelación en la sugerencia de constituir una Junta Central; que la sede de ella sea Córdoba; su punto de vista nada favorable sobre marqueses y «golillas» y el estilo barroco que tenía el escrito.

Consideraba Morla que una vez concluidas las misiones que obligaron a establecer las Juntas Provinciales y finalizados los combates con la batalla de Bailén, el problema de unificar criterios era la nueva gran tarea a resolver, y con la cohesión de un centralismo, evitar el demasiado popularismo provinciano.

La carta decía así:

*Serenísimo Señor:*

*He recibido con fecha del 16 de este mes de julio una muy expresiva y sabia contestación a mi representación, con fecha de 8 del que sigue, a V.A. sobre la utilidad de una Junta Central, en la que des-*

*pués de expresar muchas ideas muy prudentes, tiene la dignación de excitarme a escribir sobre este asunto.*

*Mis luces y experiencia son muy inferiores a esa confianza: Sólo rectas y desinteresadas intenciones podrían suplir su defecto. ¿Más tengo tiempo, tranquilidad y reposo para digerir y combinar las ideas que hacen nacer un asunto tan importante y complicado? ¿Puedo tampoco realizarlo con la extensión, método y estilo que se merece para dar claridad y fuerza a mis razones? Aquí tengo que atender a todo, porque presumo que la confianza pierde a los que mandan, y es suma la multitud de las atenciones. No por eso me excuso. Diré lo que se me ocurra sin ninguna duda; y desde luego porque no tendré más tiempo hoy que mañana.*

*Desde luego presumí, y preví que todas las Juntas de las Capitales se darían el nombre de Superiores, y que nunca se someterían unas a otras. Lo más que pudiera suceder siendo proclives era el asociarse para sus operaciones y como hermanarse. Así por fortuna lo van haciendo. ¿Pero hay asociación ni hermandad aunque sea la natural en que no hay discusiones? ¿Subsistiría la confraternidad en las Juntas cuando llegue a cesar el peligro inminente que las ataba? ¿No querrán todas tener una parte en los subsidios de los ingleses, y en los caudales de América. ¿No querrán todas que manden sus generales, que se acomode de preferencia a sus paisanos, hacer carreras derramando empleos, condecoraciones y distinciones? ¿No habrá peticiones de unas a otras que jamás se apreciarán con justicia? Se puede asegurar que la subsistencia de las Juntas Superiores en las Provincias, siendo soberanas, excitarán la anarquía y la guerra civil, el peor de los males. El populacho despetará, habrá descontento, y ni aún las mismas Juntas estarán seguras. Huyamos de un tal mal.*

*Otro hay, no tan funesto, pero sí más inminente que precaver. Madrid probablemente va a verse libre. Luego que lo esté, sus tribunales y sobre todo el Concejo Real aspirará a la soberanía: los Grandes y Cortesanos no dejarán esta ocasión de alzarse al Mando, con su alhagüeño para el que no sabe siquiera desempeñarlo: ¿Y qué ventajas sacará la Nación de un Gobierno de Golillas? Es cierto que entre ellos hay sujetos muy respetables por su probidad, ciencia y talentos. ¿Pero están versados en la Política, en la Economía, en la Milicia, en la Marina, en el laberinto de la Hacienda, en el conocimiento del corazón humano, etc.? ¿No preferirá todo legista al sujeto de más mérito, aunque no lo sea?*

*No hablaré del Gobierno de Marqueses: sus contras son harto patentes; es preciso que los haya: la graduación, y los derechos de propiedad deben conservarse; pero nunca con perjuicio notable del Estado.*

*Parece pues indispensable erigir sin pérdida de tiempo una representación soberana para toda la Nación; pero se ofrece la dificultad si esto ha de ser por unas Cortes, o por nombramiento de las Juntas Supremas Provinciales. Voy a tener la osadía de intentar resolver este delicado problema.*

*La formación de una representación soberana por las Cortes sería, sin duda, la más legal, normal y conforme a los sentimientos de toda la Nación; pero envuelve tales y tan graves dificultades y dilaciones que no se puede adoptar. Las provincias más privilegiadas no pueden enviar diputados por no estar libres: su falta acarreará después reclamaciones contra la nulidad de las Cortes. No es fácil juntarlas en el día y ni aún convocarlas, tampoco dejaría de haber cuestiones interminables sobre el derecho de convocación, y sobre el lugar de residencia. Unas Juntas entrarían en disputas y opiniones innumerables, como siempre ha sucedido y más ahora, que no habría un Soberano, ni Presidente que las cortase, y tuviese autoridad para despedir las Cortes. Estas, nombradas por fórmula, tendrían pocos sujetos capaces que querrían sostener su mando y Soberanía: serían un mar de intrigas de Partidos y de conciliábulos como lo fue la Asamblea de París.*

*No hay que pensar en Cortes. Las dificultades que presenta hacer desde luego sin más examen prefiero la formación de una representación soberana a las Juntas Superiores Provinciales. Dos diputados nombrados por cada una de esas Juntas formarían la representación soberana. Ninguna Provincia quedaría perjudicada; pues hasta las ocupadas por los franceses podrían y deberían verse con derecho luego que estuviesen libres. Desde luego como paraje más central, debería nombrarse Córdoba para residencia del Cuerpo soberano, que se avanzaría o retrogradaría según las urgencias. Este cuerpo formado de diputados que solo deben permanecer un año, la mitad y dos la otra mitad, elegiría cada año un presidente. El general o generales en Jefe de la Nación deben ser miembros natos del Cuerpo: de lo contrario han solido suceder grandes monstruos, y tal ha sido el de la elevación de Napoleón.*

*No es de ocultar, que sin semejante Cuerpo y su Soberanía se revestiría de la nulidad legal de las Juntas Supremas de Provincia, que es la de haberse constituido por el consentimiento de solas las*

*Capitales, y haberse por sí mismas dándose fueros y prerrogativas; pero con esta nulidad está completamente honrada, y su autoridad irreflegablemente constituida no solo por la necesidad urgente de su formación; sino aún más por el consentimiento propio de todos los Pueblos, Magistrados, Militares y Autoridades constituidas. Nada se puede hallar de consiguiente más sólido y admitido. De consiguiente el poder de la Soberana sería una emanación del legítimo de las Provinciales. Pienso, en fin, V.A., que debe haber una representación por sus victorias, es quien debe tomar por su energía y eficacia en realizar una Junta Central, encargada de la Soberanía.*

*No puedo ser más difuso, a pesar de que el asunto lo exige, y que hace nacer multitud de reflexiones. Me creo un miembro de esa Junta; mi conducta ha demostrado y sido ejemplo de mi adhesión y subordinación a V.A.: así he creído tenía libertad para escribir todo lo que me parece, y del modo que lo pienso.*

*Estoy remoto de juzgar con acierto; más sí seguro de que mi intención es recta y sencilla. Sólo expresar el sosiego a que mi edad, achaques y carácter me llama sin cesar; más no por eso romperé las fuertes cadenas de la gratitud y de amor a la Patria, que me hallará cuando me llame para todo lo que sea capaz. Morla.*

*Ruego a Dios guarde a V.A.*

*Cádiz, 22 de julio de 1808*

*Serenísimo Sr. Presidente de la Suprema Junta de Gobierno.*

Unos días después de esta carta contestaba Morla con una de agradecimiento a la recibida del almirante inglés, en la que le anunciaba haber levantado el bloqueo a todos los puertos de España permitiendo el libre comercio.

La carta de Morla decía lo siguiente:

*Señor:*

*Con mucha satisfacción, Milord, he recibido, y comunico a Sevilla, la resolución que V.E. se digna comunicarme del Almirantazgo Británico de levantar el bloqueo a todos los puertos de España en guerra con la Francia, y de permitir el libre comercio con nuestras posesiones ultramarinas, exceptuando sólo los buques que provengan de parajes donde hayan resuelto no adherirse a la causa común de su Metrópoli, excepción que es de esperar no tenga lugar. Más si por desgracia lo hubiese, creo que tampoco el Almirantazgo los condenaría, pues viniendo a nuestros puertos, sería a nosotros y no a los enemigos el perjuicio.*



*Celebraría tener detalles circunstanciados y de oficio de la rendición y capitulación de Dupont, pero el general, y demás estaban fatigados, y con muchas atenciones para expresarlos. La acción no fue en Andújar. Dupont huyó la noche víspera del día en que debían atacarlo por la retaguardia. Como el grueso de nuestro Ejército lo seguía, tuvo que rendirse a discrección. El general Vedel, que ocupaba las nuevas poblaciones de Sierra Morena y el Puerto del Rey, capituló entregando sus armas y Artillería, y exigiendo ser transportado a Francia. Nada tiene esto de extraño, mediante a que la mayor parte de sus tropas tenían puestos muy ventajosos, y que no habían entrado en acción. Y que, además, las nuestras estaban cansadas y con carencias.*

*Tendré explicaciones ulteriores que remitiré a V.E.*

*Espero con impaciencia resoluciones del Ministerio Británico relativas a esta parte de la España, y singularmente acerca del entretenimiento y equipo de nuestra Escuadra, que no puede dejar de resentirse de la absoluta falta de medios.*

*Insisto con V.E. y perdone mi molestia, sobre lo que tengo escrito acerca de la Escuadra y tropa de Mahón.*

*Repito a V.E. las veras de mi estimación, y vivos deseos de poder obligado; pues es su más obediente y su affmo. servidor Q.S.M.B. Morla*

*Cádiz, 26 de julio de 1808.*

A esta carta, respondería el almirante Collingwood con un escrito sumamente expresivo, que Morla hizo llegar a Sevilla para conocimiento de la Junta.

Una vez traducida, la carta decía lo siguiente:

*Navío Océano sobre Cádiz, 28 de julio de 1808*

*Señor: Pido a V.E. me permita darle mis mejores agradecimientos por los detalles que ha tenido a bien darme de la última y gloriosa acción de Bailén.*

*No tengo la menor duda con que toda batalla en España terminará del mismo modo, para confusión de nuestro enemigo y puedo asegurar a V.E. que no hay uno en España que se halle más lleno de satisfacción y regocijo que yo en todos sus sucesos.*

*Las órdenes de S.M. en su Consejo, que he transmitido a V.E. quita toda restricciones para que dé velas los buques de los puertos de España y los de las islas están en libertad para proceder a donde*

*gustasen. Todo nuestro negocio en España ahora es dar toda clase de auxilios a una causa que es fundada en la virtud, patriotismo y espíritu público y en la que mi inclinación no es la que menor se halla estimulada, además de ser un Derecho Sagrado.*

*Debo pensar que la guarnición de Mallorca haya pasado a Cataluña o Valencia y me alegraría saber si V.E. ha tenido últimamente noticias del almirante Valdés.*

*Contra mis ideas no he oído que vengan suplementos hacia esta parte de España, lo que debe V.E. atribuir al navío en el que fueron sus embajadores, pues ha tenido largo viaje para Inglaterra.*

*De todos modos yo he escrito tres días hace, al Señor Dalrymple, para que tratase de recoger 20.000 libras esterlinas en Gibraltar, para el inmediato uso de V.E. para las que daría yo mis letras a cargo de la tesorería de S.M. y, desearía saber si este dinero cuando esté recolectado, deberá conducirse a Cádiz o pagado a alguna persona señalada para recibirlo en Gibraltar.*

*Sobre el asunto de conducir las tropas francesas al punto que se destinan por Capitulación, quisiera asegurar a V.E. que todo cuanto pueda promover el interés de la España estoy verdaderamente deseoso de hacerlo, pero se requiere para hacerlo contar con los medios necesarios para dar un nuevo destino a Cuerpo tan considerable de tropa. Pero como el general Castaños les ha asegurado que lo harán sin ser molestados, no se ofrece duda de que recibirá las instrucciones necesarias, antes que puedan preparar los buques para ellos.*

*Debe también considerarse cuan gran número en buques de guerra o mercantes serán necesarios para transportarlos, y si se empleasen buques de guerra en este servicio se expondrían la futura posesión de éstos, pues yo dudo mucho que los franceses los dejasen salir de Rochefort después.*

*De estos asuntos estoy deseoso de conversar con V.E. y pienso en breve tener el honor de pagarle mis respetos.*

*Tengo el honor de ser con la mayor consideración de V.E. el más fidedigno y obediente servidor. Collingwood.*

*A.V.E., Sr. Don Tomás de Morla, capitán general y Gobernador de Cádiz.*

*Es conforme el original en inglés, según certifico en Cádiz, Fecha ut supra.*

*Salvador José Solari.*

A la carta acuse de recibo, a la anteriormente referenciada decía así la Junta Suprema de Sevilla:

*Exmo. Sr: Enterada la Suprema Junta del Oficio de V.E. del 28 del corriente y de las copias que incluye de la Traducción del que con igual fecha le dirige el almirante Collingwood, en que le dá gracias por los detalles que le remitió de la gloriosa acción de Bailén y le asegura que puede contar con veinte mil libras Esterlinas, que se recogerán en Gibraltar, no menos que de la respuesta de V.E. sobre este punto, aprueba en un todo sus disposiciones, desde luego podrá V.E. mandar equipar un buque que pase a aquella Plaza con este objeto, dando las gracias al Lord almirante por el vivo interés que manifiesta en todas sus atentas expresiones para la causa de la España.*

*Dios guarde a V.E. muchos años. Real Palacio del Alcázar de Sevilla, 29 de julio 1808.*

No desperdicia Morla la ocasión de demostrar sus dotes de organizador militar y pone en marcha la creación de una milicia ciudadana que sería la primera que se organizaba en España. Esta Milicia, que tituló «Voluntarios de Cádiz» y que algunos historiadores le han agregado la palabras «honrados» y otros la de «distinguidos», debería regirse por unas ordenanzas compuestas por diez artículos, con el objeto exclusivo de prestar servicios de policía urbana. Pronto la solicitud de ingreso de los voluntarios cubrió el cupo señalado de cuatro mil hombres.

Pero no todo eran satisfacciones para Morla, y entre los disgustos recibidos en esta ocasión, queremos recordar el desacuerdo con el que tuvo que enfrentarse con el general Castaños. Ocurrió que tras la capitulación francesa en Bailén, el general español estipuló con Dupont enviar los prisioneros a Cádiz para que fuesen embarcados con destino a Francia. La misión que se le encomendó a Morla era prácticamente quimérica. Ni el jerezano tenía personal para vigilar a los casi seis mil prisioneros, ni mucho menos medios en los que embarcarlos. La única solución de enviarlos era utilizando barcos de guerra, a lo que Morla, con buen criterio, no se prestó, en la casi seguridad de que una vez en puerto francés no lo dejarían regresar. (Completar con «Historia del levantamiento y revolución de España» del Conde de Toreno y el tomo XVI de «Historia de España», Modesto Lafuente).

Las manifestaciones de protesta de Morla tenía su lógica, y más aún, cuando en su fuero interno, que nunca hizo público, debía sentir la satisfacción de haber contribuido indirectamente a que la victoria de Bailén fuese un triunfo exclusivamente español, cosa que no hubiese ocurrido de haber obedecido el escrito que recibió de la Junta de Sevilla, que le ordenaba lo siguiente:

*Excmo. Sr.: Los enemigos han batido las tropas de Córdoba sin resistencia por el poco o ningún número de veteranos y se han posesionado de la ciudad. La derrota se comunicará a Ecija y esta ciudad no está segura por la escasez de cuerpos reglados. Estamos en el caso de que V.E. con la actividad que acostumbra nos envíe las tropas inglesas que pueda y que sin demora ni dilación salgan por el río encaminándose a esta ciudad, en los botes de su Escuadra y los que haya en Cádiz.*

*La Junta Suprema recomienda a V.E. este particular servicio.*

*Dios guarde a V.E. Sevilla y junio 8 de 1808.*

*Firmado por Francisco de Saavedra y dirigido al Excmo. Sr. Don Tomás de Morla.*

Hemos indicado, que gracias a no obedecer este escrito, Morla contribuyó a evitar que las Enciclopedias e Historias británicas dijese hoy, que, gracias a ellos —aunque sólo hubieran enviado un pelotón de soldados— los franceses fueron derrotado en Bailén.

\* \* \*

La llegada de los primeros prisioneros franceses al Puerto de Santa María, reavivó los exaltados ánimos patrióticos y gentes incontraladas los asaltaron y quitaron sus equipajes, que en su mayoría guardaban objetos procedentes de los saqueos a iglesias, conventos y casas particulares.

Enterado Morla de este atropello, ordenó que los autores de estos actos, que calificó de vandálico, fuesen duramente castigados.

La excesiva benevolencia de Castaños, en la capitulación en Bailén era criticada por Morla, que opinaba que no es de obligación prometer ninguna especial ventaja al enemigo y menos como en este caso, en que los franceses habían invadido traidoramente nuestra Patria, aumentaron los ya graves problemas que tenía que resolver el Gobernador Militar de Cádiz. Sin embargo, deseoso de mostrar su colaboración, al no disponer de barcos de transporte, ordenó acondicionar almacenes, castillos y barcos fondeados, donde dar cobijo a

los miles de prisioneros. Así se lo hizo saber al propio general Dupont, haciéndole comprender las numerosas dificultades existentes y el enorme desembolso que se estaba haciendo para atenderles.

Transcurridos algunos días de penosa cautividad, fueron los prisioneros trasladados a locales mejor acondicionados, e incluso evacuados a su país, como puede observarse en la carta enviada al almirante Rosilly:

*Excmo. Señor:*

*Tengo la satisfacción y complacencia de decir a V.E. que la Junta Suprema de Sevilla noticiosa de las virtudes que resplandecen en su Persona, le permite que pueda volver a Francia por mar, bajo palabra de honor de no servir sin ser canjeado, en compañía del general Marescot, y de Ms. Le Roy. Si la embarcación que éste tiene fletada es capaz de ello desde luego se podrá verificar la partida de V.E.: de lo contrario, la detención provendrá de esta dificultad. Espero la respuesta para sacar el correspondiente pasaporte del almirante Collingwood, y prevenir al general Marescot, que desea mucho abrazar a V.E.*

*Tendré particular satisfacción en complacer a V.E. en cuanto alcancen mis facultades. El pueblo más tranquilo, y confiado no creo lo vea con mal ojo si quiere desembarcar, ni yo me opondré si puede serle a V.E. de alguna satisfacción. Jamás las bellas cualidades de V.E. dejarán de serme muy apreciables, a pesar de la invencible oposición de la causa que nos separa.*

*Queda de V.E. con la consideración que se merece, su más atto. servidor Q.S.M.B.*

*Cádiz, 5 de agosto de 1808. Tomás de Morla.*

Por segunda vez, discrepa Morla de las opiniones dimanadas de la Junta de Sevilla, que como todas las provinciales, se habían constituidos para hacer frente a las tropas de Napoleón y conseguir el regreso de Fernando VII. La aparición de estas Juntas supuso algo completamente nuevo en la Historia de España: el establecimiento de un poder popular que se contraponía con el de origen divino del Rey, a pesar de la buena amistad que le unía con su Presidente Don Francisco Arias de Saavedra.

En esta ocasión el motivo fue, la disparidad de criterios en cuanto a la centralización de las Juntas Provinciales, tema del que ya se conocía la opinión del artillero, partidario de una Junta Central que

solucionara los muchos enfrentamientos, como el ocurrido entre Sevilla y Granada, que estuvo a punto de acabar en guerra, mientras que los sevillanos apoyaban mantener en exclusiva su hegemonía.

Arias de Saavedra, logró evitar los desórdenes que se iniciaron en Sevilla que mantenía la opinión de mantener las Juntas Provinciales en oposición a una Junta Central. Su argumento era que «el mayor enemigo de la autoridad consistía en el abuso que se hacía de ella, repartiéndola en pequeñas jurisdicciones». Arias de Saavedra, que a la sazón tenía 52 años, le tenía enorme antipatía a Napoleón, al que consideraba causante del desequilibrio europeo, aceptó la formación de la Junta Central, que tuvo lugar el 25 de septiembre de 1808. Este personaje desempeñó importantes cargos políticos en España y América, siendo Ministro de Hacienda, y al igual que a Morla, le gustaba mucho Cádiz.

Transcurrido el tiempo y como continuaran los enfrentamientos entre Castaños y Morla, la Junta Central acordó nombrar al artillero, Director general de la Artillería de España e Indias, quien a pesar de considerarse anciano y sufrir dolorosos ataques de gota, aceptó el nombramiento, aunque le causaba perjuicio abandonar Cádiz y los deliciosos lugares de su bahía, haciendo entrega de la Capitanía al Príncipe de Monforte con residencia en el Puerto de Santa María.

A primeros de octubre de 1808 y confirmado en su nuevo cargo, comenzó a recibir felicitaciones, no en balde formaba parte del escalafón de los Directores Generales de la Real Artillería Española, donde figuraban nombres tan ilustres como Félix Gazzola, Manuel Godoy, y el Conde de Ezpeleta.

Una vez en Madrid, donde llegaría a finales de octubre, fue recibido con todos los honores. Se sentía más compenetrado con el cargo tras conocer la publicación que en la Gaceta Ministerial de Sevilla de 14 de octubre de 1808, relacionaba la distribución que la Junta Central con sede en Aranjuez hacía del Ejército. Se constituía el Ejército del Norte; el de Cataluña; el del Central y Andalucía y el llamado Ejército de Observación. A estos cuatro ejércitos se les destinaban para mandarlos, a los generales marqués de la Romana; Juan Miguel Vives; Francisco Javier Castaños, y general José Rebolledo de Palafox, respectivamente. Además se nombraba a Castaños, Presidente de la Junta General de Guerra, manteniendo a Morla como Director de la Artillería. A pesar de su edad y achaques, el nuevo cargo le rejuveneció, al tener la oportunidad de poder organizar, según sus deseos y estilo, el cuerpo de sus amores: la artillería.

Pero también entre las rosas crecen las espinas, y estas fueron los comentarios que más o menos, solapadamente, le llegaban de muchos políticos y algunos compañeros de milicia, que no le perdonaban la amistad y colaboración con Godoy, atribuyéndole todos los males. Por nuestra parte, aunque no dudamos de la imagen frívola y desenfadada con la que algunos historiadores han retratado a Godoy, en la parte que nos corresponde, tras conocerlo a través de la biografía de Morla, hemos de reconocer que su gestión a favor del Ejército fue decorosa, conveniente y oportuna.

Para Morla, aquellas críticas eran producto de la indisciplina y el desconocimiento de los grandes problemas, entendiendo que su colaboración con el Príncipe de la Paz había sido correcta y necesaria. A pesar de todo, como era su costumbre, se entregó en alma y cuerpo al nuevo cargo que era el más laborioso de los que había tenido hasta entonces, no solo por lo dificultoso, sino por lo complicado y, más aún, en los tiempos que se vivían en España, con las tropas de Napoleón dentro de la Península.

La fama de Morla no solo se extendía por España, como ocurrió el 9 de noviembre en que el rey Fernando VII lo nombró Consejero Nato del Supremo Consejo de Guerra, sino que traspasó fronteras. El motivo sucedió con la ocupación de Segovia por los franceses, que aunque respetaron las instalaciones del Colegio de Artillería se apoderaron de numerosos fondos de la biblioteca y todos los ejemplares allí depositados del libro «Tratado de la Artillería», que una vez traducido fue muy elogiado por los franceses, que consideraban al autor como uno de los tratadistas artilleros más importantes de Europa.

A la ponderada valoración que experimentó el Ejército español tras la victoria de Bailén, las tropas francesas, reforzadas y dirigidas por el propio Napoleón, inició nuevos ataques que en sucesivas victorias le fue abriendo el camino de Madrid. Ni la sangrienta resistencia de Palafox en Zaragoza, ni las organizadas retiradas de Castaños para fortalecerse más a retaguardia, lograron frenar el avance del poderoso ejército invasor.

Para colmo de males, se determinó que Morla dejara su puesto de Director General de Artillería y tomase el mando del ejército desplegado en el sector de Aranda de Duero. Errónea decisión de la Junta Central, al no mantenerlo como coordinador de la artillería, labor más importante que la de mandar un ejército desmoralizado ante el avance de los franceses del que nada podría Morla solucionar.

Con este error, la Junta Central daba prueba inequívoca de su poca experiencia en estos temas, avivando aún más el disgusto existente entre los más altos mandos del Ejército español.

Los muchos cargos y numerosos cambios de destino que tuvo el jerezano le afectaron personalmente e influyeron en la coordinación que debe tener un ejército eficazmente operativo. En la etapa a que nos referimos, fueron tres los cargos a desempeñar por nuestro personaje, de entre ellos, estudiaremos brevemente el de mayor importancia. Nos referimos al de Director General de Artillería, por ser el de mayor consonancia con su vocación de artillero, lo que nos permitirá valorar, una vez más, su carácter y personalidad. La época en que lo ejerció era muy difícil para España y para el responsable del cargo. Consciente de tales dificultades, puso todos sus conocimientos y voluntad en medirse con Napoleón, el mejor artillero y estratega de Europa, y acallar los comentarios solapados de los envidiosos de turno, que incluso enviando anónimos a la Superioridad, lo tachaban de acaparador y ventajista.

Pronto logró Morla acallar estas difamaciones, mejorando los servicios de la artillería y acelerando la producción de material de guerra en fábricas y fundiciones, no solo de cañones, sino de armamento ligero y pólvoras.

En los pocos meses que estuvo Morla al frente de esta Dirección General, se dispuso resolver el desorden en el que se encontraban las unidades artilleras, y una vez logrado, solicitó de la Superioridad el relevo de Vocal de la Junta de Guerra, para tener más tiempo que dedicar a la guerra contra Napoleón. Su cometido en la indicada vocalía, le exigía mucho tiempo, por tener que desplazarse a inspeccionar y dirigir las fortificaciones establecidas en los enclaves montañosos de los alrededores de Madrid.

La situación eran muy grave. Los afrancesados aumentaban y propagaban la idea de la conveniencia de pactar con Napoleón, a la vista de su incontenible avance. Los ejércitos españoles estaban prácticamente derrotados. Algunas resistencias numantinas, como las de Palafox, en Zaragoza, mientras los demás ejércitos se batían en retirada. Ante tantos descalabros, la Junta Central estimó como única solución defender Madrid, cuyo mando lo ejercía el teniente General marqués de Castelar. La Junta Central quiere reforzar los dispositivos defensivos y ante los fracasos de Castaños, La Peña, San Juan, Duque del Infantado y otros generales, decide encomendar a Morla al difícil



misión de auxiliar al marqués de Castelar y que le ayude a defender Madrid.

Inspeccionadas por Morla las defensas de Madrid, impone un nuevo despliegue a la artillería para hacerla más efectiva y menos vulnerable. A los pocos días, y superado el paso de Somosierra por las tropas de Napoleón, Madrid era cercado por dos divisiones de Dragones. Estableciendo el emperador francés su puesto de mando en los altos de Chamartín. (Para más amplia información, basta leer «Historia del levantamiento, guerra y revolución en España», del Conde de Toreno).

Todo el pueblo de Madrid acudió al llamamiento de las autoridades, a fin de llevar a cabo los trabajos ordenados por Morla. Ancianos, hombres de todas clases sociales, «manolas», e incluso niños, acudían a los tajos señalados para levantar barricadas, etc....

Los puntos de mayor interés por su valor estratégico fueron las puertas de Madrid, principalmente: Fuencarral, Retiro, Atocha, Toledo, Santa Bárbara y Alcalá.

El objetivo que perseguía Morla no era tanto evitar la entrada del invasor en Madrid, sino oponerle tan dura resistencia que con el desgaste prefirieran desistir de su empeño. Por eso pidió permiso para cortar los árboles que fuesen necesario, incluso los pertenecientes a los jardines del Palacio Real, abrir aspillerías en las tapias que rodeaban la ciudad y casas de calles principales, protegiendo los balcones con colchones, desempedrar las calles para abrir zanjas y formar barricadas y subir piedras a los pisos para lanzarlas sobre el invasor.

Hemos de repetir, y así lo dejó escrito Morla, que aceptó y desarrolló la defensa de Madrid, aunque estaba convencido de su inutilidad si el poderoso ejército francés ordenaba el ataque, por si podía servir para que el enemigo desistiera de sus ansias de triunfo.

Pero el ambicioso y arrogante Napoleón, en posesión de saberse el Genio de la Guerra, le interesaba la conquista de Madrid, por orgullo al considerarse capaz de derrotar a cualquier ejército, por venganza del revés sufrido en Bailén, y para poder instalar nuevamente en la Corte española a su hermano José como Rey de las Españas.

En la amanecida del 2 de diciembre de 1808, los madrileños vieron con más asombro que temor como aparecían y rodeaban Madrid numerosas fuerzas francesas de caballería con los más variados uniformes, hasta cercar la ciudad por completo. El capitán general, marqués de Castelar, y el general Morla mantenían la esperanza de que los franceses retrasasen el ataque y pudieran llegarles los refuerzos

que el duque del Infantado había ido personalmente a buscar procedente del Ejército de Reserva. Pero Napoleón tenía prisa y no estaba dispuesto a esperar. Así pues, el mismo día 2 de diciembre, relata el conde de Toreno en la obra ya citada, *«treinta piezas de artillería dirigidas por el general Senarmont rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores que no eran sino paisanos, y un cuerpo recién levantado a expensa de Don Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, que hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boquerón por donde entraron sus tiradores y la división del general Villatte»*.

Con rapidez endiablada, a pesar de la enérgica defensa, los franceses entraron por el Retiro, Recoletos y Puerta de Alcalá, alcanzando la Carrera de San Jerónimo. La acción de la artillería española fue tan eficaz, que deseando Napoleón conocer personalmente la entrada en la Capital de España, al llegar a la Castellana hubo de retirarse, tal era la precisión de los impactos. A pesar de ello, la superioridad del invasor era tan contundente, que de nada servían las defensas y el heroico comportamiento de los madrileños.

Al lector interesado en este tema le sugerimos la obra del Conde de Toreno y la titulada «Guerra de la Independencia», del autor Gómez Arteché, que nos exime de mayores comentarios. En ambas, estos ilustres historiadores se refieren a la desigualdad de fuerzas, no haber dispuesto Madrid de recinto amurallado y más sólidas fortificaciones, y sobre todo de un ejército más numeroso, que unido al pueblo hubiese podido constituir una defensa más armónica y constante.

Cuando admitió Napoleón que la victoria estaba asegurada, envió por segunda vez un emisario al marqués de Castelar, exigiéndole la rendición en un plazo máximo de seis horas si querían conservar vidas y propiedades.

El pueblo, animado por las suspensión de las hostilidades, desconociendo que era una tregua para una ataque más sangriento, gritaba enfervorecido ¡Vencer o morir!. Pero los profesionales de la milicia, y en particular Morla, comprendía que la situación era irreversible y continuar la lucha era un suicidio colectivo. A pesar de ello, Morla, que no se amilanó, seguía acudiendo a los lugares más estratégicos para corregir defectos, como en la montaña del Príncipe Pío, donde cambió el emplazamiento de la artillería colocándola en lugar más seguro y efectivo.

Vuelto a su puesto de mando, observó Morla desde la azotea de su casa, el humo por los fuegos que provocaban los franceses.

Entonces los franceses, puestos al habla con la Junta Central que tenía establecida la sede en Correos, aceptaron el ultimatum de Napoleón, ordenando el cese del fuego, y que el general Tomás de Morla, acompañado por el escritor Don Bernardo Iriarte, se destacaran hasta Chamartín para parlamentar con Napoleón. Temiendo que el pueblo se opusiera a la capitulación, solicitaron de algunos afamados oradores sagrados explicasen a los madrileños la imposibilidad y el error de continuar los combates ante una lucha tan sangrienta y desigual. La realidad fue, que a partir de la tarde del 3 de diciembre, la prédica de los religiosos comenzó a hacer mella entre las gentes, que comenzaron a abandonar los puestos de defensa, facilitando aún más que los franceses ocupasen las calles de Madrid.

Reunidas las autoridades para adoptar la decisión a tomar, el desacuerdo era la nota dominante que convirtió el conciliábulo en una confusión. La idea más generalizada, que fue la que prosperó, consideraba que cuando un Ejército se ve superado por el adversario y en inferioridad, es mejor una retirada que exponerse a la derrota.

Está históricamente admitido que los comisionados Don Tomás de Morla y Don Bernardo Iriarte marcharon al cuartel general francés, donde fueron recibidos por el Príncipe Neufchatel quien los presentó a Napoleón, que los esperaba a punto de explotar de ira, recordándoles el maltrato recibido por los prisioneros franceses tras la batalla de Bailén, y la actuación de Morla contra la escuadra del almirante Rosilly. Una vez que Napoleón desfogó su enfado y reprendió con dureza el artillero, con gesto adusto díjole: *«Vaya usted a Madrid, doy de tiempo para que se me responda de aquí a las seis de la mañana. Y no vuelva usted sino para decirme que el pueblo se ha sometido. De otro modo, usted y sus tropas serán pasados por las armas»*.

Cuando Morla e Iriarte regresaron a Madrid, llevaban el convencimiento de que Napoleón cumpliría sus amenazas y así se lo hicieron saber a los componentes de la Junta de Defensa.

Cuando el capitán general, marqués de Castelar, estuvo informado de la entrevista con Napoleón y de que el menor mal era la capitulación, no hizo ningún comentario. Madrid estaba vencida.

La amanecida del 4 de diciembre de 1808 fue sorprendentemente brillante de sol, cielo despejado y temperatura gélida, como helada era la actitud del general Morla, en un día tan efectivo como artillero, al celebrarse la festividad de la Patrona Santa Bárbara, y a su vez tan funesto e infortunado, al tener que acudir a un nuevo encuentro

con el Emperador de los franceses, con la mayor de las tristezas que un militar español pueda sentir: rendir la capital de España.

En el fondo de su corazón, le consolaba pensar que aquella decisión no era exclusivamente suya, sino la acordada en el seno de la Junta de Defensa.

La capitulación de Madrid, opinión reconocida entonces y ahora, y que comparto, fue una gran conveniencia, y antes de ser una cobardía atribuida a Morla, dió ocasión a evitar muchas desgracias y a que recapacitaran los gobernantes españoles.

Nueva inexactitud de algunos biógrafos es, señalar que las tropas de refuerzos estaban entrando en Madrid, precisamente cuando Morla concretaba la capitulación. Ello es incierto como dejó perfectamente explicado el Duque del Infantado en el Manifiesto que publicó excusándose de no haber podido llegar en ayuda de Madrid.

También se le ha achacado al jerezano que debido a su formación científica y técnica, más en consonancia con el espíritu militar francés, al que conocía por los años pasados en aquel país, le podrían haber impulsado a activar la rendición de Madrid para llegar a un entendimiento con el enemigo.

De todas formas, estamos seguros que muchos de los envidiosos de Morla, deseosos de su desprestigio, aprovecharon la ocasión para cargar sobre él toda la antipatía, marcándolo con el baldón de traidor y culpable de la rendición de Madrid.

La coincidencia que mantenemos en este punto con la opinión que aporta la historiadora María Dolores Herrero en su libro ya citado, nos permite recoger el siguiente párrafo»

*«En nuestra opinión —dice la indicada historiadora— su ruda personalidad (se refiere a Morla) le ocasionó problemas de integración y convivencia, mitigados por su evidente superioridad en lo que a su formación, instrucción, experiencia y práctica militar y artillería se refiere. Sus compañeros le toleraban e incluso admiraban secretamente, pero en cuanto tuvieron algo tan despreciado como la traición para imputarle, salieron a la superficie antiguas disensiones. La prueba es, que el Consejo Interno de Guerra y Marina que consideró al marqués de Castelar inocente, estaba compuesto por Don Félix de Tejada, Don Manuel Ruiz de Burgo, Don Felipe Vallejo, Don Esteban Orellana, Don Juan Moreno, Don Pedro Llamas, Don Francisco Salinas y dos artilleros que sepamos: Don Ventura Bealante y Don Vicente María de Maturana, su sucesor en el cargo de Director general de Artillería,*

*que bien podían haber quitado hierro al asunto en favor de su compañero de Cuerpo».*

Igualmente, el también historiador Adolfo de Castro, en su libro «Historia de Cádiz y su provincia», publicado en 1856, expresa su opinión sobre las particularidades sufridas por Morla, diciendo: *«Morla en tan varias y temibles circunstancias había demostrado una inteligencia y una energía superiores a las esperanzas de los mismos que tenían un alto concepto de sus excelentes mendas. Murmuraban de él los desfavorecidos y los desesperados, pero la memoria de su honradez y su talento dura aún entre los gaditanos».*

Con estas sugerencias, queremos recordar la funesta costumbre española de opinar sobre alguna persona o suceso, propagando defectos o debilidades por el mérito de que nos consideren enterados, sin habernos interesado en conocer la realidad de los hechos o conducta de la persona.

La entrada de Napoleón en Madrid fue el obscurecimiento del ilustre artillero andaluz, que más tarde se convertiría en luminaria de los más implacables insultos y «rajados de vestiduras», cuando le oyeron comentar en corrillos cortesanos, elogios al carácter abierto y simpático de José Bonaparte, que era calificado de borracho por los zafios y plebeyos.

La sinceridad con la que Morla resaltaba las cualidades del invasor que ocupaba el trono de España, provocó fuertes reacciones contra el jerezano.

Hemos de dejar claro, que aunque Morla considerase que Madrid no tenía posibilidades de defensa y la capitulación era lo menos oneroso y sangriento, este pensamiento era compartido por la mayoría de los componentes de la Junta de Defensa, que así dictaminó encargando a Morla de llevar a efecto el acuerdo. Por lo tanto, si la capitulación de la capital de España resultó una ofensa, la culpa debió recaer por igual sobre todos los componentes de la Junta.

Tras este episodio, Morla logra abandonar la Corte y vuelve a su residencia gaditana, ciudad que le atraía especialmente por la amabilidad de sus gentes y la característica vida urbana, aunque solía protestar de sus vientos, en ocasiones excesivamente fuertes y continuados. Los vientos de Poniente en verano, le resultaban gratos al refrescar el ambiente por su humedad. Pero en invierno prefería el de Levante, al ser más templado.

Pero en febrero de 1809 decide abandonar la «Tacita de Plata» y volver a Madrid.

Aunque a regañadientes tomó esta determinación, al conocer los rumores que lo califican de afrancesado. Recordando lo ocurrido al general Solano, prefiere volver a la Corte.

Para Morla fue una gran desilusión comprobar la campaña tan exaltada levantada contra él, como si fuese el único culpable. Ello motivó que su reacción no se demorase y, aunque apesumbrado, se ratificó públicamente de votar a favor de rendir Madrid a Napoleón y de sus elogios a José Bonaparte. Esta última declaración fue la que le llevó al hundimiento moral y a destruir todos los méritos y valores obtenidos en Rosellón, Gibraltar y Cádiz.

Informado el rey José I de la estancia del artillero en Madrid, lo llama a Palacio recibéndolo en grandes muestras de cordialidad y ofreciéndole importantes cargos. Es difícilmente comprensible que un individuo tan vocacional e ideas invariables, abandonase la carga emotiva de su españolismo para colaborar con el invasor. Sólo cabe la hipótesis, de que una fuerte depresión le hundiese en tal abandono moral, como para caer en brazos de los enemigos de su Patria.

Enterada la Junta de esta actitud, lo despojó de todos sus honores, obligándole a devolver la Banda con la que fue condecorado, abriéndole expediente disciplinario y la incautación de todos los bienes que poseía en Madrid y Cádiz.

El teniente general Morla y Pacheco, desmoralizado y enfermo, fue pronto cautivado por los halagos de los intelectuales que asesoraban al rey intruso.

No teniendo otra opción para sobrevivir, puesto que le habían retenido el sueldo, admitió ser nombrado Consejero de Estado del Soberano francés, cuyo nombramiento fue publicado en un Real Decreto de fecha 8 de marzo de 1809.

Aunque esta colaboración resulte incomprensible, Morla no renunció a su carácter, mostrándose independiente. Son históricamente recordadas, sus discusiones con altos personajes de la Magistratura y Ejército francés; hasta el punto de que Napoleón que siempre receló de él, nunca lo consideró su amigo.

Muy distinta era la postura de José I, que mostraba gran afecto y admiración por el jerezano, al que consideraba su «leal» colaborador, incluso concediéndole la Gran Cruz de España, alta condecoración instituida durante su reinado.

La Junta Central, como órgano de Gobierno, se trasladaba a Sevilla donde arriba, el 14 de septiembre de 1809, y permanece hasta el 29 de enero de 1810, en cuyas funciones le sustituirá el Consejo

Supremo de Regencia, constituidos por el general Castaños; el obispo Quevedo; el Consejero de Estado y Marina, Escaño y el ministro de España e Indias, Fernández de León.

El 31 de enero del mismo año, víspera de la entrada en Sevilla de las tropas francesas, Francisco Arias de Saavedra, marcha a Cádiz, donde se trasladó la Regencia al ser el único sitio libre de franceses de toda España.

Allí permaneció hasta la extinción de la misma el 25 de octubre de 1810. Este año tiene gran importancia para Cádiz, sujeto al sitio que le impuso el mariscal francés duque de Bellune. Esto sería uno de los motivos del enfrentamiento de Morla con altos personajes del Ejército francés al considerarse personalmente ofendido por la actitud francesa con la entrañable capital andaluza.

El 4 de octubre, un Cuerpo de Ejército francés ocupa el Puerto de Santa María y Puerto Real, e inician los trabajos de fortificación y artillado de una poderosa batería en el Trocadero. Igualmente alcanzan Chiclana y el Puente de Suazo.

En medio de los caños y saladeros existentes delante del Santi-Petri, entre el Puente de Suazo y el Portazgo se hicieron muchas cortaduras en el largo arrecife que allí estaba, que sirvió para obstaculizar el paso.

De Algeciras y Málaga llegaron oficiales y refuerzos con los que engrosar el ejército español del duque de Alburquerque.

Los fuegos que a diario hacían nuestras baterías sobre el camino real de Chiclana, no cesaban de ocasionar al enemigo pérdidas de hombres y caballos.

«El Observador», periódico semanal de Cádiz, correspondiente al 24 de agosto de 1810, deploraba el que se hubiese abandonado a los franceses el territorio del Trocadero con toda su costa.

El 27 de octubre, un proyectil lanzado desde Gallineras, dio muerte en el fuerte de San Cristóbal al general Senarmont, comandante jefe de la artillería francesa y a varios jefes de su Plana Mayor. Se cuenta que fue tanto el sentimiento de Napoleón al conocer la noticia, que ordenó que sus restos fuesen trasladados a Francia, a pesar de que estuviesen ya enterrados en la ermita de Santiago, donde estaba establecido el Cuartel General.

Entre la mucha actividad militar desarrollada en Cádiz durante los dos largos años de sitio, merece ser recordado el Colegio de la Isla de León, que contaba con 400 colegiales, cien para artillería, treinta para ingenieros y el resto para infantería y caballería. Se les enseña-

ba: Principios morales, científicos y militares, aprendiendo no sólo la teórica, sino que practicaban los servicios de campaña, guarnición y cuartel. Durante el sitio asistían por turno a los ataques y defensa de los puestos y al penoso servicio de escuchas. Se les mantenía con los tres reales de prest y pan que les correspondía como cadetes y dos reales que abonaba la Junta de Cádiz por cada plaza.

A pesar de la colaboración de Morla con el Gobierno de José I, no hemos encontrado documento que acredite su ingreso en el ejército francés. Como dice Jorge Vigón en su «Historia de la Artillería» al referirse a Morla: Cosecha laureles militares en 1808, escribe mucho: atrabiliario, ingenioso. Muere sin dejar recuerdo grato a sus contemporáneos, para obtener luego notable crédito en las generaciones siguientes».

Lo cierto es que nunca fué adepto a Napoleón, ni empuñó las armas contra España.

Sin duda, su vida militar y científica fué brillante y apasionada. Como artillero, se le recuerda con admiración. Su famoso «Tratado de Artillería» sigue siendo muy apreciado por estudiosos e investigadores. Fue el número diecisiete de los teniente generales del Ejército procedente de artillería, en cuyo escalafón sólo alcanzó el grado de teniente coronel. Su honradez quedó de manifiesto al serle inventariados sus bienes con resultado impropio de su alta alcurnia, hasta el punto de que el importe del almacenamiento no compensaba el valor de lo embargado.

Recogemos la anécdota de su biógrafo Ruis Lagos, al comentar la curiosidad que despertaron entre los muebles del general, un cofre cerrado con dos llaves y dos barriles de extraños aspecto. Una vez abiertos, el cofre almacenaba ropa usada del cónsul francés en Cádiz y los barriles, café en grano.

Es posible, y reitero mi opinión, que influyera en la decisión de Morla, verse desarraigado del ejército español y comprobar las cualidades técnicas y organizativas que brillaban en el ejército de Napoleón; aunque debemos señalar, lamentándolo, la indignidad que supone para un militar, ya esté prisionero o derrotado, colaborar con un gobierno hostil a su Patria.

Morla se retira de la Corte, y se recluye en una pequeña Hacienda próxima a Sevilla, donde vivió hasta sus últimos días sin ser molesto. Su óbito se produjo el 6 de diciembre de 1812.

Tomás de Morla, murió ciego a causa de la diabetes y muy enfermo del aparato urinario. Como no le gustaba consultar con el



médico, se calmaba el escozor con agua de cebada endulzada con miel.

Conocida la muerte de Morla por el rey José I, reconociendo su eficaz colaboración, ordenó el 13 de diciembre la publicación de una cariñosa nota necrológica que decía:

*«Su rectitud, amor a la justicia y sus medidas ilustradas le adquirieron en todas partes el amor general; y cuando libre de las facciones y de la anarquía popular pudo obrar con arreglo a sus ideas y a la conveniencia de su Patria, se dedicó al servicio del Rey Nuestro Señor, quien le señaló para que asistiese a su Consejo de Estado, nombrándole con la Gran Banda de la Real Orden de España». «El Rey Nuestro Señor ha querido, aún después del fallecimiento del Sr. Morla, manifestarle el aprecio que le habían merecido sus servicios, mandando que su cadáver fuese sepultado con los honores militares».*

### Bibliografía

- Historia de Cádiz y su provincia. Adolfo de Castro.
- Biografía de Tomás de Morla. Manuel Ruiz Lagos.
- Recuerdos de un anciano. A. Alcalá Galiano.
- El artillero jerezano Tomás de Morla. Tomás García Figueras.
- Partida bautismo de Morla: Parroquia de San Miguel de Jerez de la Frontera. Año 1747. Libro 39. Folio 204 vº.
- Historia Artillería Española. Jorge Vigón. Tomo II.
- España bélica: siglo XVIII. Carlos Martínez de Campos.
- Memorias del Príncipe de la Paz. Manuel Godoy. Tomo I.
- Expediente personal Tomás de Morla. (varios). Serv. Hist. Militar.
- Tratado de la Artillería. Tomás de Morla.
- Archivo particular de Don José Pettenghi Estrada.
- Diario de Don Francisco Saavedra. Tesina de José Ventura, dirigida por Francisco Morales Padrón.
- Historia del levantamiento, guerra y revolución de España. Conde de Toreno.
- Ordenanza militar para el Cuerpo de voluntarios de Cádiz. Tomás de Morla. Cádiz 1808.
- Cádiz en la guerra de la independencia. Adolfo de Castro.
- Gaceta ministerial de Sevilla. Año 1808 Meses octubre y noviembre.
- Don Tomás de Morla o el alzamiento de Cádiz en 1808. Drama histórico en tres actos. Antonio Redondo. Cádiz 1863.
- La actuación de la Suprema Junta de Sevilla a través del Diario de su Presidente. Enriqueta Quesada Montero. Publicado en Archivo Hispalense Nº 147-152. Diputación Sevilla. 1968.
- Ciencia y Milicia en el siglo XVIII. Mª Dolores Herrero Fernández-Quesada. Segovia 1992.



D. TOMÁS DE MORLA

(Tomo II, serie 1ª, año 3º 1846)

Memorial de Artillería

Carta

Los Enemigos han batido las Tropas  
de Cordova sin resistencia por el poco ó  
ningun numero de Veteranos y se han  
ferejado a la Ciudad. La Derrota se  
comunicara a Exija. y esta Ciudad no  
esta segura por la escasez de Cuerpos  
reglados. Estamos en el caso de que  
V. E. con la actividad que acostumbra  
nos embie las Tropas Inglesas q.  
pueda y q. sin demora ni dela-  
cion salgan por el Rio enca-  
minandose à esta Ciudad en los  
botees de su Escuadra y los  
q. halla en Cadix.

La Junta Suprema

recomienda al J. E. este particular  
servicio.

Dióme al J. E. on las  
Le. a y Tomo 8 de 1808.

Como con  
Tomás de la Cruz  
Vicente Flores

Como con don Tomás de Morla

Siendo Tomás de Morla, Capitán General de Andalucía con residencia en Cádiz, recibió el presente escrito. Al no obedecer la petición que se le hacía, contribuyó a evitar que los ingleses pudiesen asegurar — aunque solo hubiesen enviado un pelotón de soldados — que gracias a ello, el Ejército Español logró vencer a los franceses en la batalla de Bailén (19 de Julio de 1808). El original de este documento se conserva en el archivo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, gracias al obsequio del académico correspondiente en Cádiz, don José Pettenghi Estrada.